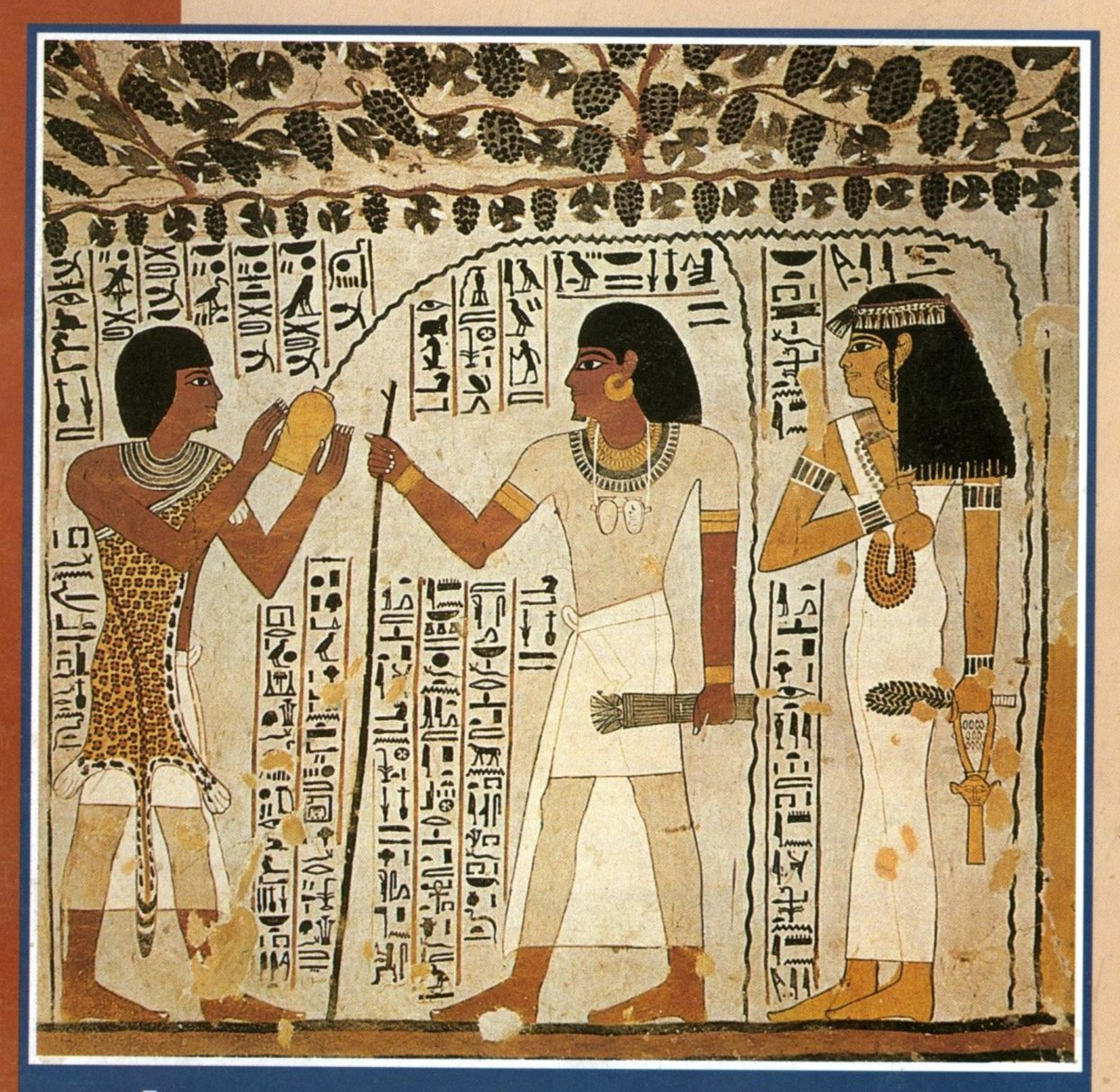
Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Los sacerdotes egipcios

Miguel Angel Molinero

64

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

© Miguel Angel Molinero
© Información e Historia, S.L. Historia 16
Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-39361-1996

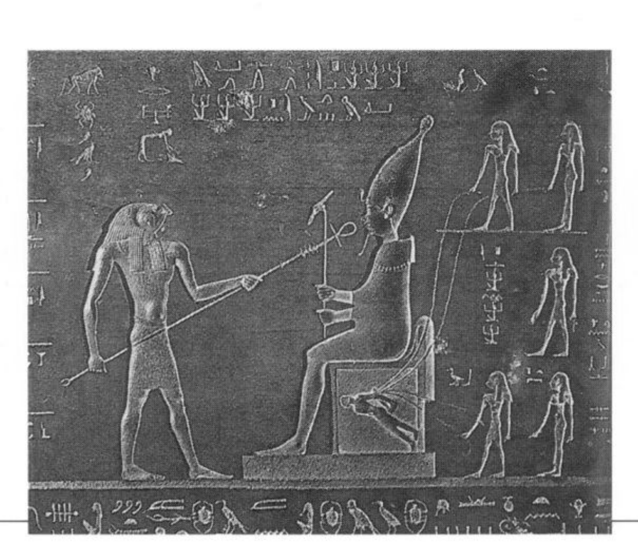
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

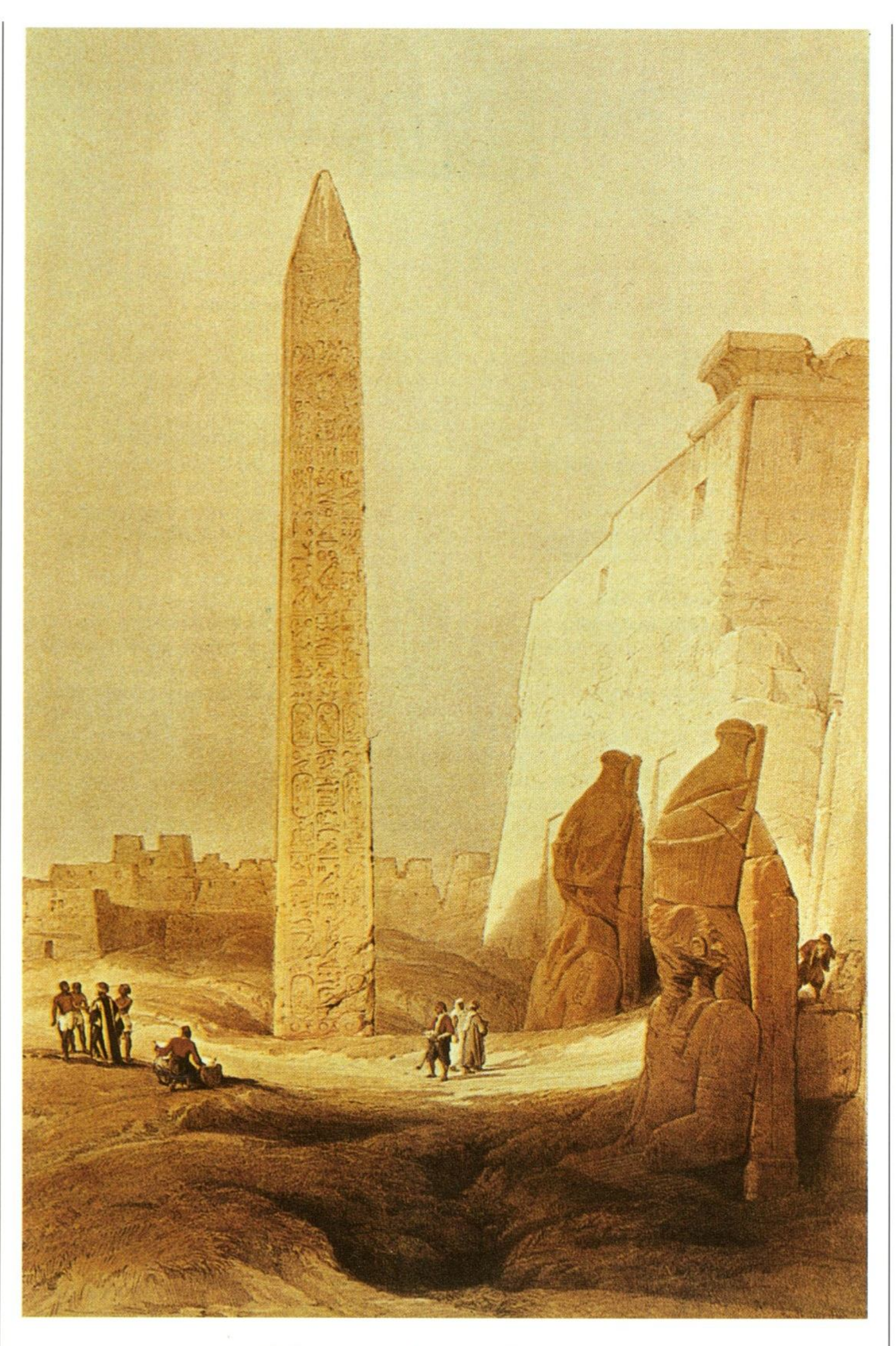
Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En la portada, un sacerdote purifica a Senefer y a su esposa (pintura funeraria de la tumba de Senefer, XVIII dinastía, en la necrópolis de Tebas). Izquierda, detalle del sarcófago del sacerdote Tao (época saita, Museo del Louvre, París)



Obelisco ante el pílono del templo de Luxor
(esta pieza es gemela de la erigida en la Plaza de la Concordia de París, en dibujo de David Roberts, mediados del siglo XIX)

Los sacerdotes egipcios

Miguel Angel Molinero
Egiptólogo

Para un hombre occidental, la religión es un conjunto de creencias relacionadas entre sí, y en armonía con una concepción fundamental de la divinidad. La moral y el culto, incluso cuando se basan en reglas anteriores a la formación del dogma, están a su servicio.

En la religión egipcia los términos están invertidos. Su base no era la creencia en un dios, sino su culto, y en concreto el culto local, homenaje y reconocimiento del dominio de una divinidad sobre la ciudad que le pertenecía. El origen de esta concepción localista de la religión está, como es obvio, en la época en que el valle del Nilo no formaba aún un Estado unificado, y cada tribu sobrevivía por la fuerza de sus hombres y la protección de su dios. Sedentarizadas, el dios se convirtió en el dueño del territorio que poseía su tribu.

Para sus fieles, cada uno de los dioses era el ordenador del cosmos, y su templo, del que había brotado todo lo visible, el centro del universo. Cuando sobrevino la unificación del país, todas estas teologías locales sobrevivieron, aunque subordinadas a la ciudad que en cada momento ostentaba la autoridad política. Convencidos de la importancia de no suprimir nada de su pasado, yuxtaponían creencias viejas y nuevas, incluso si su apariencia las hacía incompatibles. Pero tras este politeísmo incontestable y su pléyade de dioses de cabeza animal, señores de una única ciudad, se deja entrever la creencia generalizada, y que no les parecía contradictoria, de la universalidad y unidad del ser divino, sin nombre, sin forma, y susceptible de revestir cualquier aspecto exterior.

Encerrados en sus templos, los escribas y teólogos tendieron a desarrollar esta idea del dios universal, *el uno único, el alma colectiva,* que mencionan los textos tardíos. Por el contrario, el fervor popular, insatisfecho de este dios abstracto y demasiado lejano para tener un significado en su vida diaria, se fue concentrando paulatinamente en las formas externas de esta divinidad, mucho más accesibles a las oraciones y a la acción de la magia.

La zoolatría era la manifestación externa más llamativa de esta religión. Los dioses nunca fueron comprendidos por los extranjeros que conocieron Egipto. Estos animales eran bastante más que emblemas o símbolos: merecían ser cuidados y adorados, pues eran el receptáculo mismo de las formas buenas o temibles de la potencia divina. Esta creencia era también una pervivencia de la época prehistórica: en cada tribu el dios se encarnaba en una especie protegida por tabú: bóvidos, cordero, perro, gato, mono, león, etcétera. Cuando la organización tribal evolucionó hasta convertirse en establecimientos urbanos sedentarios, los animales se convirtieron en los garantes sobrenaturales de la vida local, y los dioses se representaron con la cabeza del animal en el que se encarnaban.

La función sacerdotal

Nada podía ser más extraño al pensamiento egipcio que la idea moderna de una separación posible de la Iglesia y el Estado. La religión egipcia fue por encima de todo una *religión oficial.* Sólo muy tardíamente adquirió rasgos de fenómeno privado e individual, paralelos a su función social y nacional, que fue siempre la primordial.

La divinidad, al ordenar el cosmos, había establecido un equilibrio universal que tenía que ser conservado. Los cambios no eran posibles, pues no estaban previstos en el plan divino. El mantenimiento de esta armonía no podía hacerse más que a dos niveles, cuyo garante era el faraón: primero, asegurarse la actividad divina en el mundo, para lo que el rey era responsable de los cultos; segundo, conservar

los elementos terrenales según el plan definido, para lo que el rey ejerce sus funciones legislativa y judicial. Así, al menos en teoría, el faraón es quien realiza todos los actos culturales en el país, razón por la que él es el único oficiante que figura en los relieves de los templos. Pero es evidente que se trata de una simple ficción. Heredero de las atribuciones de los jefes de clan prehistóricos, el rey no puede ser como ellos capitán de las tropas, administrador de los bienes estatales y pontífice al mismo tiempo. En la práctica delegaba sus poderes en diferentes especialistas que se ocupaban de cada tarea en su lugar.

Los sacerdotes se encargaban de la labor espiritual de asegurar el culto a los dioses. Pero nunca fueron, como en el cristianismo, los depositarios de una verdad revelada por Dios. En tanto que sustitutos del rey, tienen el papel preciso de conservar la integridad de la presencia divina en la tierra y de sus manifestaciones visibles en los templos. El mantenimiento del universo en la forma en que los dioses lo han creado tiene además una clara consecuencia social: el absoluto conservadurismo del clero egipcio.

Exigencias rituales del sacerdocio

El templo no era el lugar donde los fieles iban a rezar a su dios o a participar en la celebración de un rito sagrado. El pueblo no fue jamás admitido en su interior. Desde la entrada, una serie de salas oscuras cerradas, con techos que bajan y suelos que ascienden en cada una de ellas, conduce al santuario. Este empequeñecimiento del espacio creaba una aprensión creciente en los escasos visitantes que se acercaban a la capilla, siempre cerrada, en la que reposaba la estatua divina. El templo egipcio era el lugar en que el dios poseía una imagen en la que cada mañana un poco de su cuerpo inmaterial consentía en *encarnarse.* Esta efigie tenía que ser vestida, adornada y alimentada todos los días. Aquellos que lo hacían, debían cumplir determinadas condiciones elementales de pureza física. Era la única exigencia absoluta, pues el sacerdocio no implicaba un compromiso moral especial ni una formación técnica determinada.

Todo sacerdote debía realizar abluciones dos veces durante el día y dos por la noche con agua fría en los lagos sagrados que había en todos los templos, o en el estanque que los sustituía. El agua, el elemento inicial de la vida en la cosmogonía egipcia, renovaba sus energías vitales y los limpiaba de toda posible mancha.

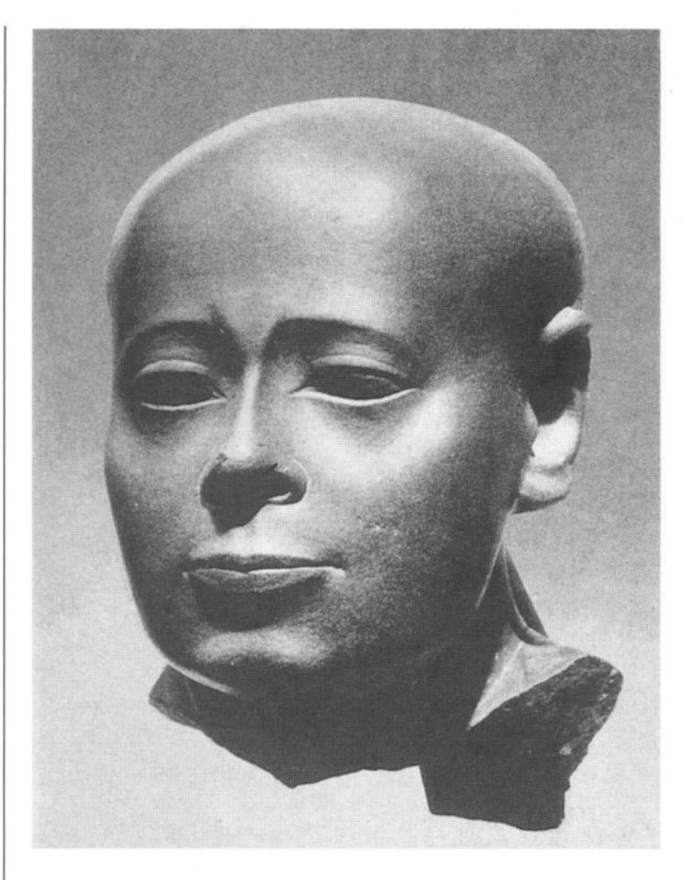
Antes de entrar en el santuario, tenían que purificar su boca con un poco de natrón (1) diluido en agua.

Debían despojar su cuerpo de todo vello, cabello, e incluso cejas y pestañas, lo que hacían cada dos días. La circuncisión era obligatoria.

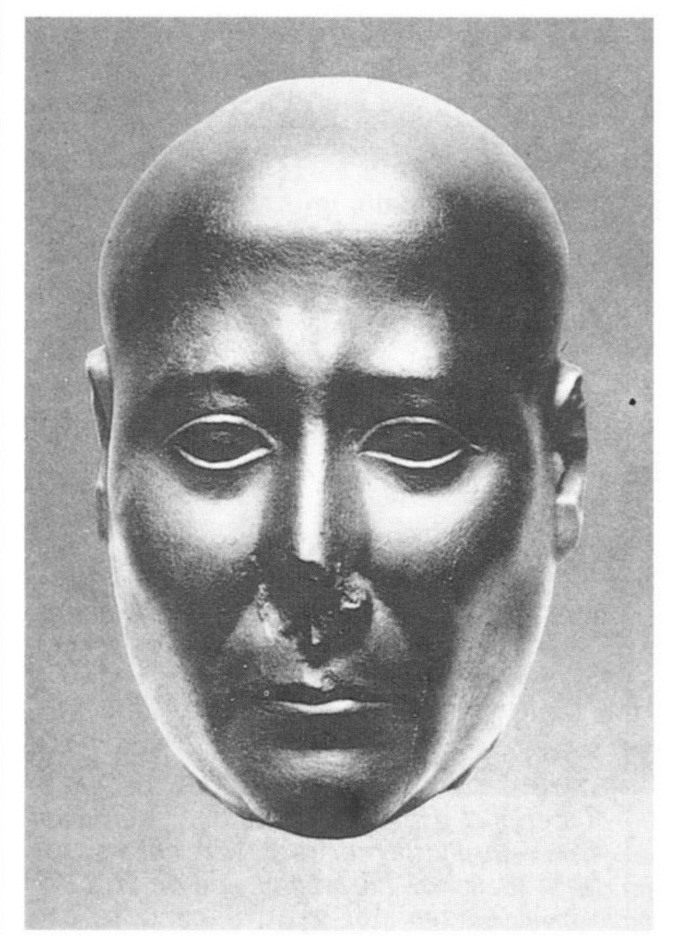
Parece que tenían que ser parcos en la mesa. Los viajeros grecorromanos informan que los sacerdotes tenían que abstenerse de casi todo: de los animales sacrificados había que evitar cabeza, pies y patas delanteras; no comían vaca, cerdo, oveja, paloma, pelícano, ningún pez, legumbres, habas, ajo, el vino sólo en pequeñas dosis y nada de sal en absoluto. Y los ayunos periódicos los privaban incluso de los pocos alimentos que les estaban permitidos. Pero ésta debe ser una interpretación errónea de los viajeros clásicos. Cada uno de los animales o de las legumbres estaba proscrito en una región de Egipto, pero no en todo al mismo tiempo. Había dioses que sentían horror por determinado animal o planta como consecuencia de alguna desgraciada aventura mitológica, y aquel se prohibía en el templo y la provincia del dios en cuestión, pero no en los demás.

La abstinencia sexual era otra de sus obligaciones durante su período de permanencia en el templo. Los sacerdotes podían casarse, su función no los condenaba al celibato, pero antes de acceder al templo debían purificarse de todo contacto femenino por una abstinencia de varios días.

Algunos tejidos les estaban vedados, sobre todo la lana: las fuertes multas a los que la usaban atestiguan el carácter imperativo de la prohibición. Sus vestidos debían ser de lino fino, y el corte, muy arcaico, siempre fue el mismo. Sólo algunos complementos a esta túnica permitían diferenciar sus funciones: el sacerdote-lector llevaba una banda a través del pecho; el sacerdote-*sem,* una piel de pantera sobre la espalda; el gran sacerdote de Heliópolis, una piel constelada de estrellas; el de Menfis, un collar especial. En cuanto a



Retratos de dos sacerdotes egipcios de época tolemaica (XXX dinastía, mediados del siglo IV a.C.; el de arriba se halla en el Museo de Brooklyn, Nueva York; el de abajo, en el Museo Estatal de Berlín)



las sandalias, privilegio religioso en un pueblo que andaba siempre descalzo, debían ser de hojas de palmera y teñidas en blanco, el mismo color que la túnica de lino.

El acceso al sacerdocio

Se desconoce si existía una formación previa anterior a la entrada en el sacerdocio, pero si ésta es cierta no debió ser muy compleja, pues las funciones diarias de un sacerdote no eran complicadas. Sólo un papiro menciona que todo candidato tenía que saber leer los textos religiosos escritos sobre papiro (es decir, en escritura hierática, y no en la jeroglífica), pues en ellos se recogían los rituales que tenían que oficiar esos sacerdotes. Pasar a otros grados del sacerdocio sí debió exigir una cierta formación teológica, pues el alto desarrollo de la ciencia sagrada la hacía necesaria. De cualquier forma, cada templo tendría unas reglas particulares según las características del dios titular.

El cargo producía unos ingresos fijos muy codiciables, por lo que los grupos sacerdotales intentaron dominar sus vías de acceso como medio de control social.

Ya del Imperio Antiguo se conservan algunos testamentos en los que un sacerdote dispone de su cargo como de un bien propio y lo lega a uno de sus hijos. Desde entonces la costumbre queda establecida con firmeza, aunque nunca fue regla absoluta. En el Imperio Nuevo atestiguar esta filiación era suficiente para reclamar el puesto del padre en el templo, y de la Baja Epoca conocemos estelas de donación en las que se mencionan hasta diecisiete generaciones de ancestros sacerdotes del mismo dios. Pero ésta no es una característica exclusiva del clero: la conservadora sociedad egipcia usaba este sistema de fijación familiar del oficio como medio de estabilización social.

Por muy *legítima* que pareciera esa *herencia,* siempre subsistió la idea de un favor real, pues el soberano no perdió nunca su derecho a nombrar sus sustitutos en los templos. Pero en la práctica las injerencias reales eran raras, en razón de la

multiplicidad considerable de templos y del número de sus sacerdotes. El rey se reservaba el nombramiento de las altas dignidades de los cultos nacionales —Menfis, Karnak, etcétera—. Con él recompensaba la fidelidad de algún viejo eclesiástico cuyos servicios anteriores habían sido apreciables, o modificaba, por razones de política interna, el equilibrio de fuerzas frente a cleros demasiado poderosos cuya ambición quería dominar.

Cuando no se llegaban a cubrir todas las vacantes por este medio, se empleaba el sistema de cooptación: los sacerdotes en activo se reunían en comité y convenían entre ellos el sucesor. Es posible que incluso si el nuevo sacerdote heredaba el cargo de su padre o de otro familiar, tuviera que ser aceptado de todas formas por el consejo.

En la Baja Epoca se hace frecuente la compra de cargos sacerdotales, que ya había aparecido en el Imperio Medio, pero sólo para casos de cierta importancia.

El personal de los templos

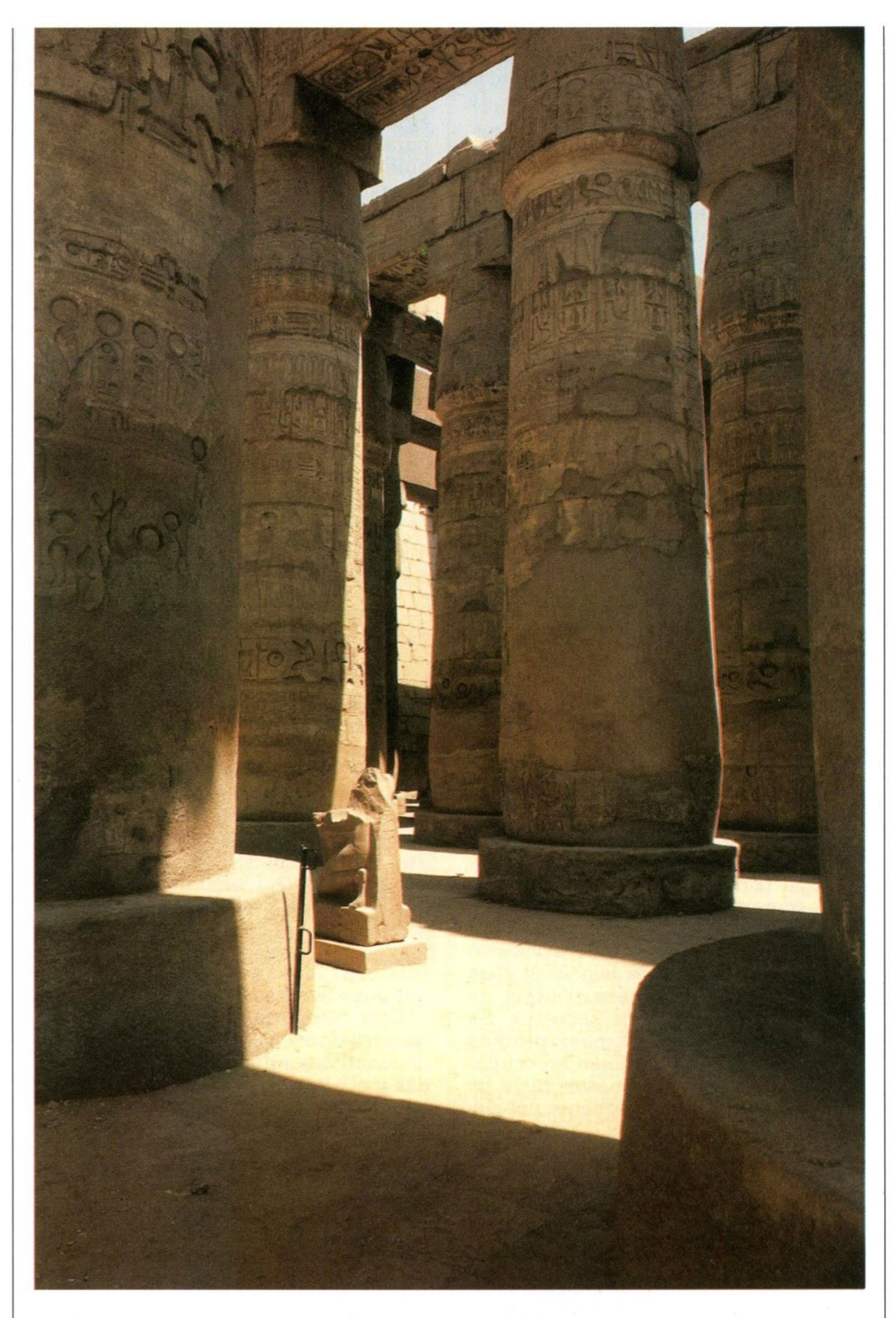
Junto a sus funciones religiosas, los templos egipcios mantenían una actividad económica de gran importancia, por lo que, además del clero empleaban un numeroso personal que servía sus necesidades de modo permanente. Bajo Ramsés III un papiro contabiliza más de 81.000 personas al servicio del templo de Amón de Karnak. Su carácter nacional y sus proporciones justifican este elevado número, que no es representativo de la realidad de los templos egipcios, que debían tener entre 10 y 20 servidores.

Si el templo era grande el personal se jerarquizaba, pero no se puede trazar un cuadro fijo de la pertenencia de unos sacerdotes a un nivel u otro, pues los grupos son flotantes de acuerdo con el carácter del dios titular. Así, por ejemplo, las cantoras son clero bajo en unos santuarios y alto en otros; y algunos cargos como los administrativos, los lectores, etcétera, eran desempeñados por sacerdotes o laicos según el templo y la época. Los textos egipcios mencionan dos categorías: los *puros,* especie de sacristanes consagrados a las necesidades materiales; y los oficiantes propiamente dichos, los *servidores de dios,* que cumplían las funciones sagradas. En otras ocasiones los textos llaman a éstos *padres divinos,* y son los mismos que los griegos denominaban *profetas.* Sólo ellos pueden acercarse a la estatua del dios y hacerle los cuidados que precise.

Los *servidores* son los únicos sacerdotes de los templos pequeños, en los que tienen que realizar también las tareas inferiores atribuidas a los *puros;* lo contrario sería imposible, pues éstos no pueden actuar sobre ta imagen del dios. En su jerarquía propia no tenían nombres especiales, sólo la simple enumeración: *Primer servidor del dios, Segundo servidor del dios,* etcétera. Sólo en algunos templos tenían un título honorífico posiblemente anterior a la institución faraónica; así en Heliópolis había un *Grande de los Videntes de Re,* y en Hermópolis un *Grande de los Cinco de la Casa de Thot.*

Karnak, como es lógico, presenta la división y jerarquización más amplia. Hay hasta cinco grados de *servidores,* que por mimetismo se extendieron a otros templos donde una jerarquía tan desarrollada no era en realidad necesaria. La ascensión no implicaba el paso por cada uno de estos grados: una vez que se era *servidor* podía llegarse de una sola vez al cargo más alto.

La figura del *Primer servidor del dios* o *Primer profeta* estaba ligada al papel de su dios en el Estado. Así el de Heliópolis fue sin duda el hombre más influyente de la corte de Menfis en el Imperio Antiguo, igual que el de Amón de Karnak lo fue en épocas posteriores. Como sus funciones eran tan políticas y sociales como religiosas, su elección era hecha por el mismo rey para los templos más importantes, lo que le permitía hacer ascender a hombres nuevos, fieles a su persona, y resistir las exigencias de cleros demasiado potentes como el de Karnak. Se acostumbraba confirmar después esta nominación por un oráculo del dios, que no era en definitiva más que una comedia, pues el clero local no podía oponerse a una elección del rey. En la ceremonia de entronización el nuevo pontífice recibía dos anillos de oro, que le servían de sello, y un bastón simbólico, al tiempo que el faraón le decía: *Tú eres el gran sacerdote de..., sus tesoros y sus guerreros están colocados bajo tu sello. Tú eres el jefe de su templo.* La *casa* del gran sacerdote era



Una de las impresionantes vistas de la sala hipóstila del templo de Amón en Karnak

particularmente importante, con chambelán, mayordomo, jefe de la casa, guardián de cámara, secretario de correspondencia, secretario de mesa, escribas y criados inferiores.

El *Segundo profeta* era único en su cargo. Reemplazaba en ocasiones a su superior cuando éste estaba absorbido por sus tareas políticas o el cargo estaba vacante. Controlaba los bienes *temporales* del dios: talleres, campos de siembra, recepción de tributos y donaciones, etcétera. A su servicio estaban los escribas de la administración del templo.

Todo templo necesitaba una serie de especialistas que se repartían (en general) entre los demás grados de *servidores del dios:*

— Estolistas. Son los que cada día lavan, visten y adornan las estatuas divinas, y conservan en las salas apropiadas del templo joyas, vestidos y objetos de culto. No tienen designación propia en los textos jeroglíficos, lo que indica lo indefinido de sus actividades. En el Imperio Medio se habla de un *shendyenti, el del paño,* pero en documentos posteriores se recurre a toda una definición para mencionarlos: *aquellos encargados de la limpieza del dios, que entran en el santuario para adornar con sus telas a los dioses.*

— Sabios e intelectuales de la Casa de la Vida. Redactaban los libros litúrgicos necesarios al culto.

— Los sacerdotes-lectores comparten con los anteriores su fama universal y su popularidad en el país. Estaban encargados de asegurar la correcta ejecución de los rituales para los dioses y en los ritos funerarios realizaban las ceremonias benéficas para los espíritus bienaventurados, de acuerdo con sus libros secretos. Se adornaban con dos grandes plumas cuando oficiaban. También se ocupaban de la medicina, y en estos casos no tenían que ser necesariamente del clero.

— Los sacerdotes horarios eran los astrónomos, encargados de establecer la hora y de precisar, de día y de noche, el momento en que cada acto del culto debía comenzar.

— Sacerdotes horóscopos. Debían conocer el calendario mitológico y explicar cuáles eran los días fastos y nefastos del año, según los acontecimientos de las leyendas divinas que tuvieron lugar ese mismo día en el pasado. La astrología no contaba, no fue practicada nunca por los egipcios. Así, aunque según los cuentos populares las *Siete Hathor,* las hadas madrinas egipcias, visitaban al recién nacido para definir su destino, era el padre quien tenía que desplazarse para saber por el especialista del calendario, qué presagios dominaban el nacimiento de su hijo.

— Cantores. El culto no era sólo recitado, en diversos momentos intervenían partes moduladas o incluso cantadas, con acompañamiento del arpa, de pasajes de coro y estribillo; por ejemplo, por la mañana, en que el dios era despertado con música. La importancia de su cargo parece haber crecido con el tiempo, y en época tolemaica se les considera sacerdotes superiores. Su situación social debió correr paralela a un incremento paulatino de las partes cantadas en los rituales, aunque siempre de acuerdo con las viejas tradiciones.

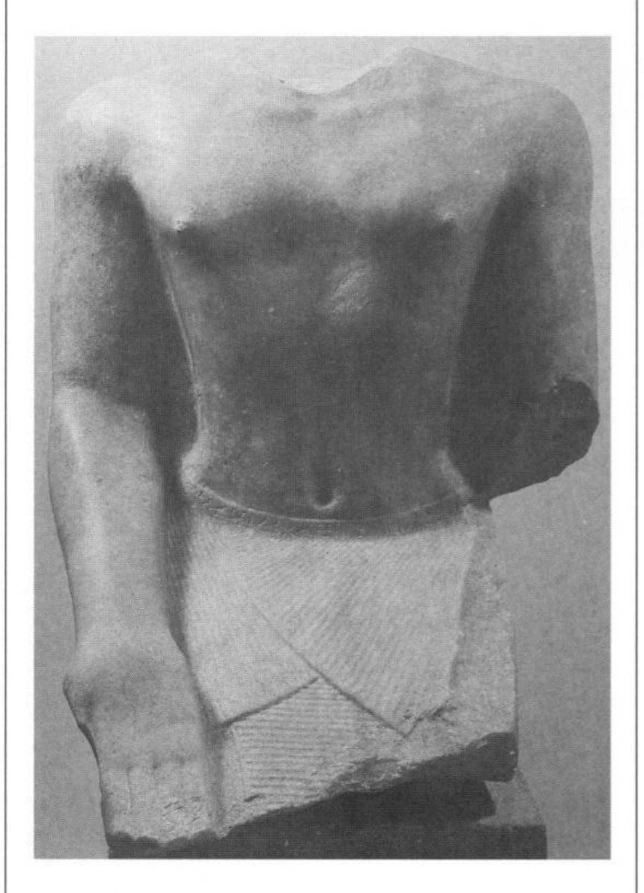
— Los sacerdotes funerarios no tienen en común con los *servidores* más que el carácter religioso de sus funciones y, aunque pertenecen al clero de los dioses del Más Allá —Anubis y Osiris—, son independientes de cualquier santuario, constituyendo un tipo de cofradía profesional. Sólo los sacerdotes-lectores, en virtud de su conocimiento de las escrituras sagradas, podían intervenir en las ceremonias de los dos cleros. Los sacerdotes funerarios leían los capítulos de los rituales, realizaban sobre la estatua del muerto los ritos propiciatorios, y sobre la momia los ritos regeneradores que debían convertirlas en dos cuerpos (el mismo en definitiva) dotados con todas sus antiguas facultades humanas.

Una categoría particular de ellos, los *servidores del ka,* tenía la función de mantener a diario la mesa de ofrendas y el altar de libaciones de las tumbas. Para ello el difunto había dejado alguna fundación piadosa, en general tierras, que permitía a un sacerdote y a su familia vivir y asegurar así el culto funerario del donante.

El personal femenino de los templos parece haber gozado de una situación social apreciable. Desde el Imperio Antiguo conocemos mujeres que ejercían el cargo de sacerdotisas de Hathor o de Neith, y también de algún dios, aunque éstas fueron menos frecuentes. Se trataba de damas de la alta sociedad o

de hijas de sacerdotes que heredaban la función de su padre. También hay huellas de su presencia, en esta época, en ceremonias funerarias e incluso como supervisoras de estos cultos, pero no volvieron a ejercer estas funciones en épocas posteriores.

En el Imperio Medio está atestiguado el título de *sacerdotisa pura,* como en el clero masculino, pero la profesionalización del sacerdocio fue excluyendo a la mujer, para la que no dejó más que títulos honoríficos, aunque de gran prestigio social. En los relieves de esta época aparece la reina en escenas de ofrenda a los dioses, pero no la muestran como sacerdotisa, sino en virtud de su asimilación de los poderes y prerrogativas de la realeza. En consecuencia, el único papel que se deja a la mujer en los templos en el Imperio Nuevo, es el representativo, para aumentar el boato de las ceremonias.



Torso de una estatua que, probablemente, representaba a un sumo sacerdote egipcio

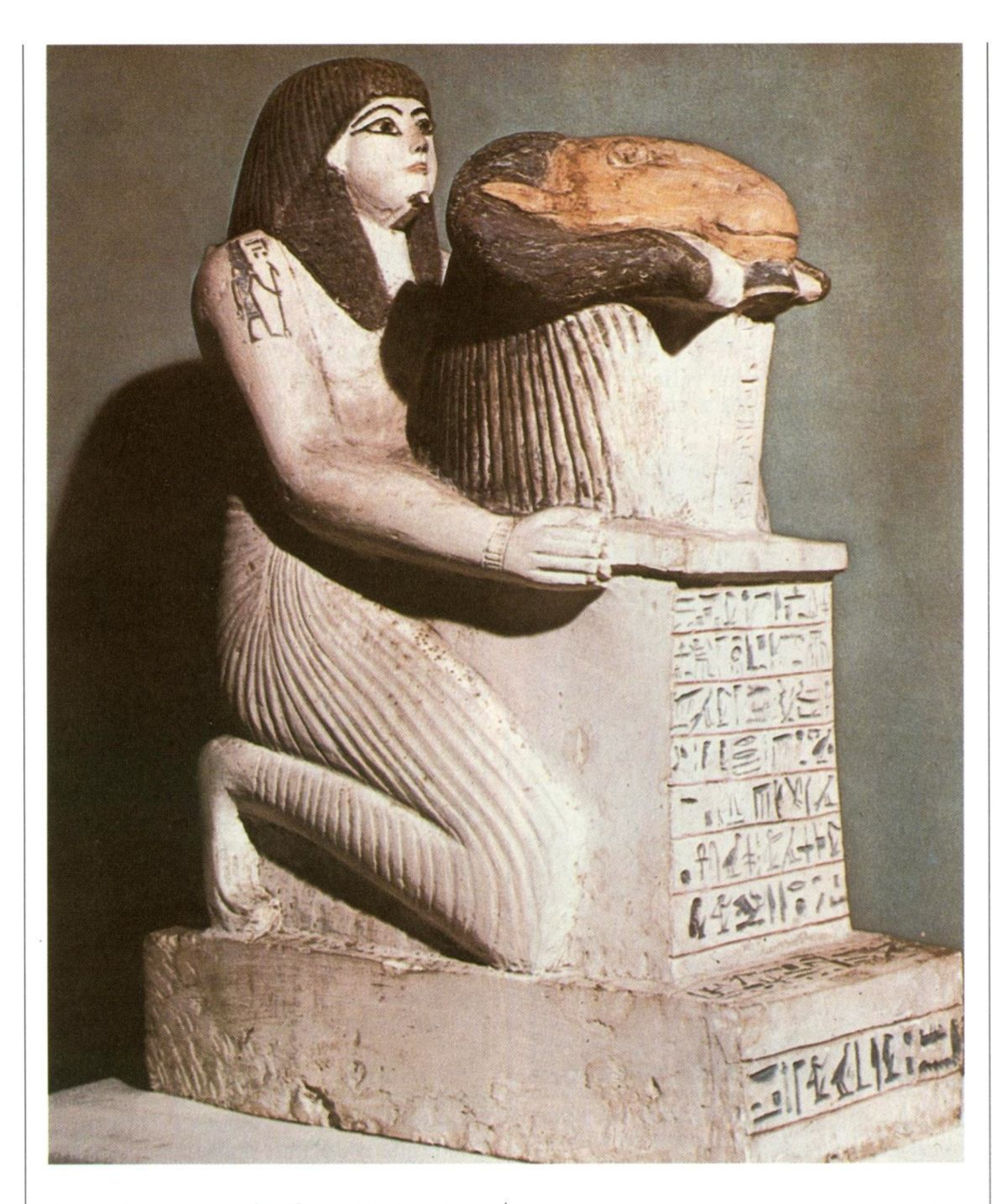
Las cantoras eran el grupo femenino más cuantioso en los templos. Su función era muy simple: cantar y agitar el sistro (2) en las fiestas y procesiones del dios. Eran laicas y se conocen en muchos santuarios. A partir de la XXII dinastía aparecen las *músicas de Amón* en el templo de Karnak. A diferencia de las cantoras éstas eran sacerdotisas, pero su trabajo era el mismo que el de aquéllas.

El clero femenino de Amón incluía también las *concubinas* o *reclusas,* que formaban el harén del dios. Se reclutaban entre las cantoras y músicas, y eran en general esposas o hijas de los grandes sacerdotes de Amón. Ignoramos qué función desempeñaban, pero al menos una parte de ellas debía residir en el templo de Luxor, a dos kilómetros de Karnak, cuyo nombre era *Harén del Sur de Amón.* Nada permite suponer que constituyesen un colegio de cortesanas sagradas como las de Fenicia o de Mesopotamia. Quizá formaban simplemente la escolta o guardia de honor de aquélla que sí se suponía que mantenía relaciones carnales con el dios, la divina adoratriz.

La *mano divina* o *divina adoratriz* reemplazaba sobre la tierra a la diosa Mut, esposa del dios. Naturalmente este cargo estaba reservado a la reina, pues si Amón, encarnada en el faraón, se dignaba unirse con una mortal, ella era la única digna de recibir al dios, y así perpetuar la línea dinástica de los reyes egipcios. Era la superiora de todo el clero femenino de Karnak, que dirigía sin duda durante las ceremonias, agitando ella misma el sistro, cantando para alegrar al dios, y llevando flores. De ella, como de los grandes sacerdotes, dependía un personal numeroso e incluso una parte del tesoro.

El papel de las mujeres como sacerdotisas de cultos funerarios desaparece desde el Primer Período Intermedio, quedando reducidas a simples plañideras. Estas eran la personificación de las diosas Isis y Neftis que lloraban por su hermano muerto, el dios Osiris (en el entierro representado por el mismo muerto), por lo que aun siendo laicas, las plañideras tenían que cumplir las condiciones de pureza física requeridas para el sacerdocio.

El bajo clero, los *puros,* tenían un papel muy secundario en el culto y en las actividades sagradas. Sus funciones eran muy diversas, desde jefes de escribas a portadores de la barca sagrada, encargados del riego y la limpieza del templo, supervisores de pintores y dibujantes o simples artesanos.



Sacerdote sosteniendo una representación del dios Amón (Imperio Nuevo, Museo Egipcio de Turín)

Los mismos sacrificadores tenían que ser *puros* pues para degollar a los animales había que cumplir unas normas de simbología mitológica muy estrictas.

Dado que sus cometidos no requerían unos conocimientos o una preparación demasiado complicados, los sacerdotes *puros* no eran permanentes. El número total estaba dividido en cuatro grupos, conocidos con el nombre griego de *filés* —tribus— paralelos en el número y repartición de sus funciones. Cada *filé* aseguraba el servicio religioso durante un mes y tenía un trimestre libre en el que volvía a su vida normal. En época tolemaica se añadió una quinta *filé,* reduciendo aun más la participación de cada grupo en el mantenimiento de las actividades culturales.

El funcionamiento material de los templos estaba asegurado por un ejér-

cito de laicos adscritos a él: campesinos cuya cosecha y ganado estaban destinados a la ofrendas, barqueros para transportarlo al templo, floristas y jardineros, porteros y bedeles que guardaban los lugares sagrados, albañiles y artistas que reparaban, construían y decoraban los edificios, etcétera.

Pero no integraban éstos el único personal laico del templo. Alrededor de él pululaban grupos de personas, indirectamente relacionados con su carácter sagrado, que formaban una auténtica *corte de los milagros*. Había malhechores que, aprovechando la seguridad que les ofrecía la inviolabilidad del recinto del templo, realizaban tareas pequeñas a cambio de la subsistencia, enfermos que confiaban la curación de sus males a la cercanía del dios, todo tipo de iluminados que contaban sus historias a cambio de unas monedas, etcétera.

La vida cotidiana en un templo egipcio

Las actividades diarias empezaban muy temprano en un templo egipcio, antes incluso de la salida del sol. El sacerdote horario, que había observado el movimiento de las estrellas toda la noche, era el encargado de ir despertando al personal del templo y de señalar el comienzo de cada tarea y rito cultual.

Los más madrugadores eran los panaderos y los encargados de los almacenes, que preparaban las ofrendas del día según la lista que les entregaban los escribas. Los contables debían comprobar y anotar con detalle la cantidad y el origen exactos de todas las provisiones.

Los siguientes en aparecer eran los sacerdotes del culto diario. Empezaban por las abluciones en el lago sagrado, purificando su cuerpo y llenándolo de la fuerza regeneratriz del agua. Después entraban en el templo, cada uno en la capilla donde ejercía su oficio, y antes de empezar realizaban nuevas purificaciones con incienso y agua.

Llegaba entonces la procesión de las ofrendas. Los talleres habían acabado con puntualidad y los portadores, con las bandejas cargadas de flores, frutos, panes, carnes, cerveza y vino, entraban guiados por un oficiante. En cada puerta que se abría, y en cada nueva sala, una oración consagraba el lugar por donde pasaba el alimento del dios. Llegados a la sala del altar, en el centro del templo, ante el santuario, los portadores depositaban sus bandejas y se iban. Los sacerdotes, cuando quedaban solos, purificaban y consagraban de nuevo las ofrendas con aspersiones de agua, fumigaciones de incienso y nuevas oraciones.

Un sacerdote de alto rango, el único que podía entrar junto al dios, rompía el sello de arcilla que desde la víspera condenaba la entrada del santuario. En la oscuridad completa, repartidos por la sala, estaban la barca sagrada sobre un pedestal, el cofre de madera con los utensilios necesarios para el culto y algunos paños y el altar con las ofrendas de la víspera; al fondo estaba el naos, pequeño edificio de granito o basalto donde estaba la estatua del dios. El sacerdote rompía el sello de su doble puerta y la imagen salía de la noche en el mismo momento en que el sol emergía del horizonte y el jefe del coro comenzaba el himno de la mañana: *¡Despiértate, estás en paz!,* y los cantantes lo coreaban de nuevo como estribillo tras cada nuevo verso del solista.

Imponiendo las manos sobre la estatua en el abrazo al dios conocido por los relieves, el sacerdote le *devolvía su alma*. El dios tomaba así posesión de su soporte terrestre para reinar todo el día en su templo, tan presente en el naos como lo estaba en el universo. El sacerdote llenaba de nuevo la bandeja en la sala precedente con algunas de las viandas que se habían traído, representación simbólica del conjunto de ofrendas que se dedicaban al dios.

Los egipcios eran gente práctica, por lo que pasado un tiempo prudencial esos alimentos eran repartidos por los altares de los altos dignatarios que se habían asociado al templo mediante fundaciones piadosas. Cuando éstos, a su vez, se habían satisfecho, las ofrendas divinas eran repartidas entre todo el personal del templo.

Terminado el desayuno divino empezaba el cuidado físico del dios: primero había que lavar la estatua y después vestirla y adornarla. Había un sacerdote especializado en esta función, para la que no servía cualquier tejido: sólo el lino podía ser utilizado,

por lo que todo templo contaba con talleres para su fabricación. De hecho, sólo se le cambiaban los vestidos un par de veces por semana, aunque cada día se le ofrecían pequeñas bandas que simbolizaban el ajuar completo, de color blanco, azul, verde y rojo, en este orden. Las joyas también se reservaban para días especiales. Finalmente la frente de la imagen era ungida con aceite perfumado.

Nuevas aspersiones de agua y la presentación al dios de granos de natrón, sal y resina, renovaban la pureza material del santuario y terminaban la ceremonia. El sacerdote colocaba un velo sobre el rostro de la estatua, cerraba con un sello el naos y salía borrando las huellas de sus pasos. Para cada movimiento había una oración precisa, por lo que el ritual de la mañana completo debía ser bastante largo.

Cuando salían, los sacerdotes tenían casi todo el día libre para sus funciones administrativas, en la Casa de la Vida, etcétera, pues los dos servicios restantes, los de mediodía y los de la tarde eran mucho menos importantes. La estatua había recibido ya todos los cuidados necesarios, por lo que ni siquiera se abría el santuario. Se hacían simples aspersiones de agua y fumigaciones de incienso en las capillas laterales de los dioses asociados al principal, acompañadas de plegarias, como es natural se trataba de subrayar, mediante una ceremonia, el instante cósmico en que el sol comenzaba su declive y cuando se ponía.

Este ritual diario se cumplía simultáneamente en todo el país, aunque la riqueza de ofrendas y el número de participantes dependía de la importancia del templo. La sincronía con el curso del sol era una forma de conservar en la imagen una parte de la potencia divina visible en la vida y en el movimiento del universo.

El pueblo no participaba en ninguno de estos actos del servicio divino. El fervor colectivo no podía expresarse más que en las ceremonias exteriores de los oficios de fiesta. Estos eran más fastuosos que los normales y culminaban en una salida, una auténtica procesión por las calles del pueblo.

La estatua se metía en una pequeña naos de madera cubierta con un velo de lino blanco y se colocaba sobre una barca con una cabeza del animal que representaba a la divinidad en proa y popa. Los portadores se turnaban en su transporte, lo que suponía un evidente honor que mejoraba su reputación social. Por delante, un sacerdote *puro* expulsaba con fumigaciones los malos espíritus y por detrás, los cantores eran coreados por todo el pueblo, que en estos días de ofrendas extraordinarias recibía también una parte de los alimentos que se daban al dios. Pero el papel del pueblo quedaba en esto, en manifestar su alegría por la presencia del dios en la calle; todo lo demás era hecho por los sacerdotes.

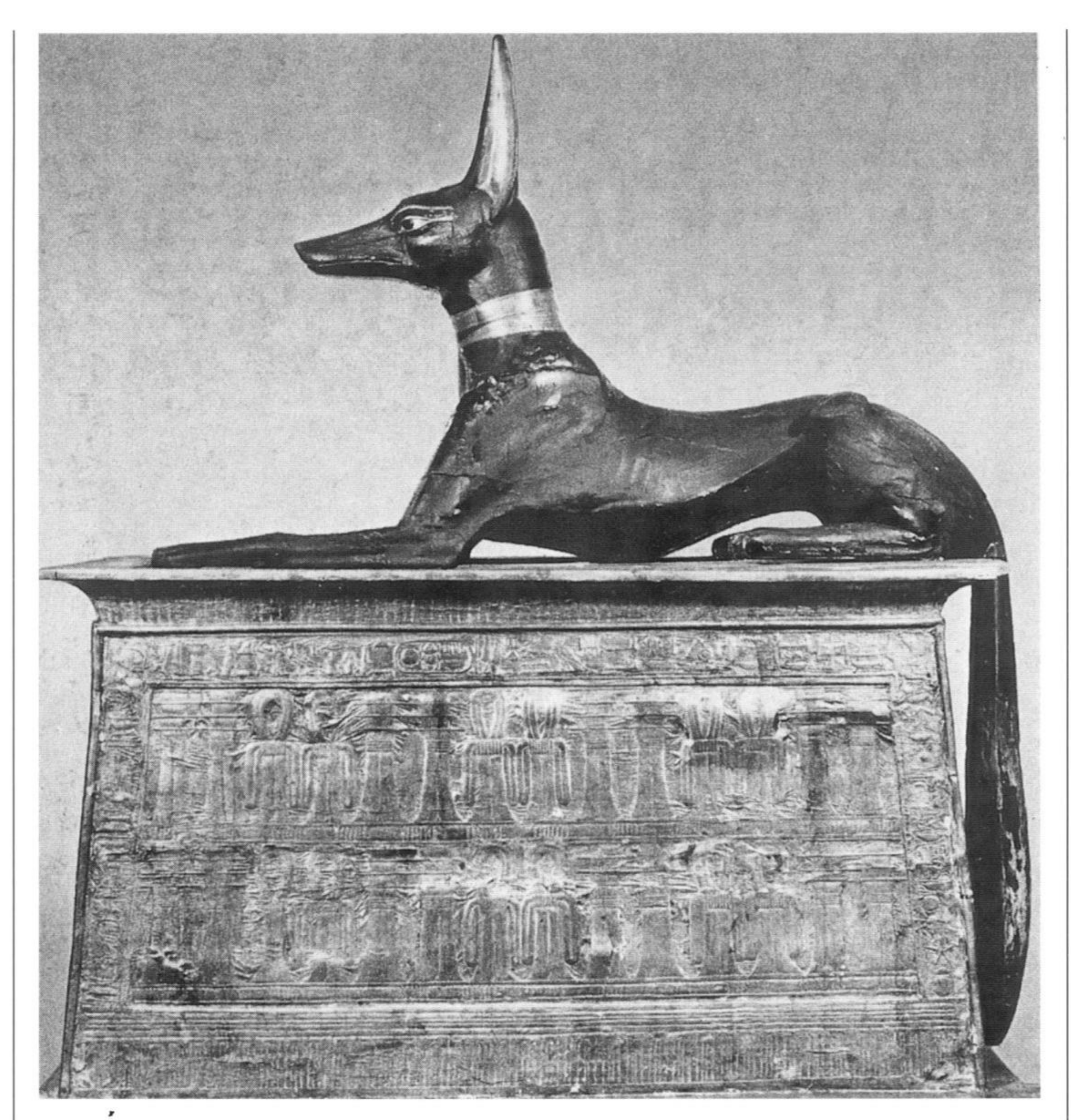
La Casa de la Vida

Para nosotros esta institución tiene algo de misterioso, tal vez porque sólo la mencionan los viajeros grecorromanos, que no tuvieron acceso a ella o sólo en breves visitas. En cambio, los egipcios la mencionan en sus papiros, pero sin dar ningún detalle. Sin embargo, esto no tiene nada de extraño: todo egipcio que supiese escribir y leer tenía que haber estudiado allí, por lo que no necesitaba hablar de ella la conocían todos desde su época de estudiantes.

Existen datos seguros de su existencia en los grandes templos de Menfis, Abidos, El Amarna, Ajmin, Coptos, Esna y Edfú, pero cualquier templo un poco importante debió de tener la suya.

Lo esencial de las actividades de la Casa de la Vida consistía en preparar las obras religiosas necesarias para el culto: recopiar viejos manuscritos, corregir posibles faltas, completar las lagunas y los pasajes roídos por los gusanos, etcétera. Se elaboraban textos de teología o de liturgia especiales de cada templo, las tablas astronómicas, las fórmulas mágicas de protección; se copiaban centenares de ejemplares del *Libro de los Muertos* que eran vendidos a particulares para ser colocados junto a los difuntos; y se supone que se entablaban discusiones filosófico-religiosas de las que nacían las complicadas construcciones mitológicas que explicaban la religión egipcia.

Por las narraciones de los viajeros griegos sabemos cuál era el ambiente en estas instituciones: el carácter secreto de sus discusiones, la negativa a divulgar sus conocimientos a quienes



Anubis sobre naos (procedente de la tumba de Tutankhamon, final de la VIII dinastía)

no perteneciesen al círculo de iniciados, el simbolismo y misterio de sus revelaciones entre sí, la fe ilimitada en los textos antiguos, más cercanos al mundo perfecto que creó la divinidad, y por tanto, con una solución más acertada a los problemas que se les planteen.

Estos caracteres condicionaron en todo momento su evolución, muy distinta del camino hacia una ciencia laica que emprendió el mundo griego. En Egipto la ciencia fue creada y desarrollada por hombres que vivían en un universo religioso, y se orientaban siempre hacia la teología o hacia su realización práctica, el ritual.

Los templos conservaban el original de todos los textos de los que se daba una copia a artistas (para la decoración de templos y tumbas), sacerdotes que cumplían el culto diario, etcétera. El nombre de las bibliotecas era *Casa de los Libros,* y eran salas laterales, pequeñas y oscuras que contenían los rollos de papiro en nichos de los muros. En ellos se inscribía el inventario de los libros sagrados, por lo que se puede conocer su contenido, pues algunos templos lo han conservado. La variedad de campos en que se ejercía la ciencia sagrada era tan amplia que es necesario suponer la especificación de cada sacerdote en unos temas determinados. Así los egipcios alcanzaron un nivel muy elevado en disciplinas tales como la arquitectura, la geometría las

matemáticas, la astronomía, la geografía, la medicina, la farmacia y la creación humanística: literatura, historia, magia.

Clero y sociedad en el Egipto antiguo

La exposición realizada hasta ahora, aun señalando en lo posible a qué momento histórico se refería cada dato, no puede evitar dar una imagen un poco sintética del grupo sacerdotal, tomando elementos de todos los períodos históricos. En este segundo capítulo se van a explicar, siguiendo un orden cronológico, las modificaciones que los tres mil años de la civilización egipcia imprimieron en su clero.

Dos tendencias contrarias se entremezclaron en esta evolución. Por una parte, el enorme conservadurismo egipcio, y sobre todo de su clero, rechazaba cualquier cambio en las normas establecidas; por otra parte, el sacerdocio era una función demasiado civil y abierta a la sociedad para que cualquier modificación en el entramado social no se reflejase también en él, transformando su presencia en la sociedad.

Período de formación

Las religiones primitivas responden a necesidades de dos tipos: individuales (el hombre necesita aplacar los poderes superiores, presentes en todas partes, cuando se topa con ellos) y comunales (asegurar la continuidad del grupo). Puesto que la suerte de la comunidad dependía de un ser sobrenatural, había que tener un lugar más o menos estable para entrar en contacto con él: de ahí nacieron los lugares de culto.

El santuario más significativo del predinástico egipcio es el de Hieracónpolis. Su muro de cierre en piedra protege un espacio más grande de lo necesario para la simple adoración del dios, lo que puede significar que ya entonces el templo era la residencia permanente de una deidad, en el que había que realizar otras actividades aparte de las del culto. El dios al que está dedicado, Horus —el Distante, significa su nombre— no era la divinidad local, lo que atestigua que ya se creía en dioses cósmicos de atribuciones más largas que la protección de la pequeña comunidad. De hecho, en las primeras dinastías, Hieracónpolis cumplió las funciones de santuario nacional, pues en él se depositaron los monumentos que celebraban el éxito político de los reyes. Las mazas ceremoniales allí aparecidas son significativas sólo en el contexto de un culto que fuera ritual y materialmente obligación del rey. La realeza egipcia se mostró a sí misma como un reflejo del orden cósmico de Horus. Pero no hay ninguna indicación de que el culto estatal de Horus o de Re, que ya ha aparecido también por entonces, cumpliese alguna función administrativa o económica. Tampoco hay mención alguna de que fuese el rey quien tuviera que mantener los centros de culto locales como sucedió en épocas posteriores, ni que estuviesen bajo supervisión real. Las mismas comunidades son las que tienen que ocuparse de sus instalaciones cultuales, lo que no excluye la posibilidad de que el rey hiciese alguna contribución material. La ausencia de un clero profesional hasta la V dinastía indica que el servicio religioso no podía ser tan complicado como más tarde y que era también tarea de la comunidad celebrar los servicios religiosos, sin un equipo sacerdotal a tiempo completo. Evidentemente estos santuarios carecían de independencia económica, por lo que no tuvieron influencia alguna en el desarrollo material del país.

Bajo la III dinastía los pequeños pueblos, de economía autárquica hasta entonces, desaparecen, siendo reemplazados por dominios reales dirigidos por funcionarios. Los aldeanos se convierten en trabajadores al servicio del Estado y la propiedad privada desaparece en gran medida. Esta es la sociedad que construyó las pirámides del Imperio Antiguo.

Funciones económicas y administrativas

A partir de la IV dinastía los templos empezaron a adquirir funciones económicas y administrativas, como consecuencia de las responsabilidades funerarias de la corona hacia sus servidores más allegados. El rey tenía



Joven oferente de la tumba de Nakht, *astrónomo de Amón* (XVIII dinastía, necrópolis de Tebas)

acordado un porvenir glorioso en el Más Allá; el cuidado y despliegue de recursos que muestran las pirámides así lo prueban. Aquéllos que trabajaron en vida con él no podían dejar de desear compartir su bienaventuranza eterna. Pero ésta dependía de los cuidados físicos que se hiciesen a las estatuas del difunto, y de un servicio diario de ofrendas y rituales que requerían ser sustentados por todo un sistema administrativo y económico. En el caso de pequeños funcionarios bastaba con que un hijo heredase el cargo del padre para que con esos ingresos proveyera la tumba paterna. Pero en el caso de grandes funcionarios esta carga se consideró tarea de la casa real, que tenía que satisfacer sus necesidades funerarias mediante el establecimiento de fundaciones piadosas.

Aunque es posible que esta política se iniciase en la III dinastía, las pirámides de sus reyes estaban aisladas respecto a las tumbas de los altos funcionarios, lo que sólo permite especular sobre el aprovisionamiento de éstas desde las construcciones funerarias del monarca. Por el contrario, a partir de la IV dinastía esto es evidente: la edificación de una gran necrópolis de nobles en Giza en torno a las pirámides reales tenía esta finalidad principal. Hay que tener en cuenta que se trataba de un compromiso *para siempre,* y

que desde el mismo momento del enterramiento del rey las ofrendas que llegasen a su templo funerario deberían ser redistribuidas a continuación entre los altares de sus dignatarios. Esto quiere decir que a cada rey muerto la Corona perdía una porción de sus posesiones, que quedaba para el aprovisionamiento de esta pirámide. Además cada generación que moría necesitaba un nuevo contingente de sacerdotes que se ocupasen de sus tumbas y templos funerarios, lo que fue desarrollando un grupo social, los sacerdotes de alto rango, improductivo económicamente, pero con un prestigio social creciente.

En evidente contraste con esta política hacia los muertos, la liberalidad de los reyes de la IV dinastía hacia los templos de dioses locales no pasaba de los regalos puntuales, sin ninguna obligación posterior.

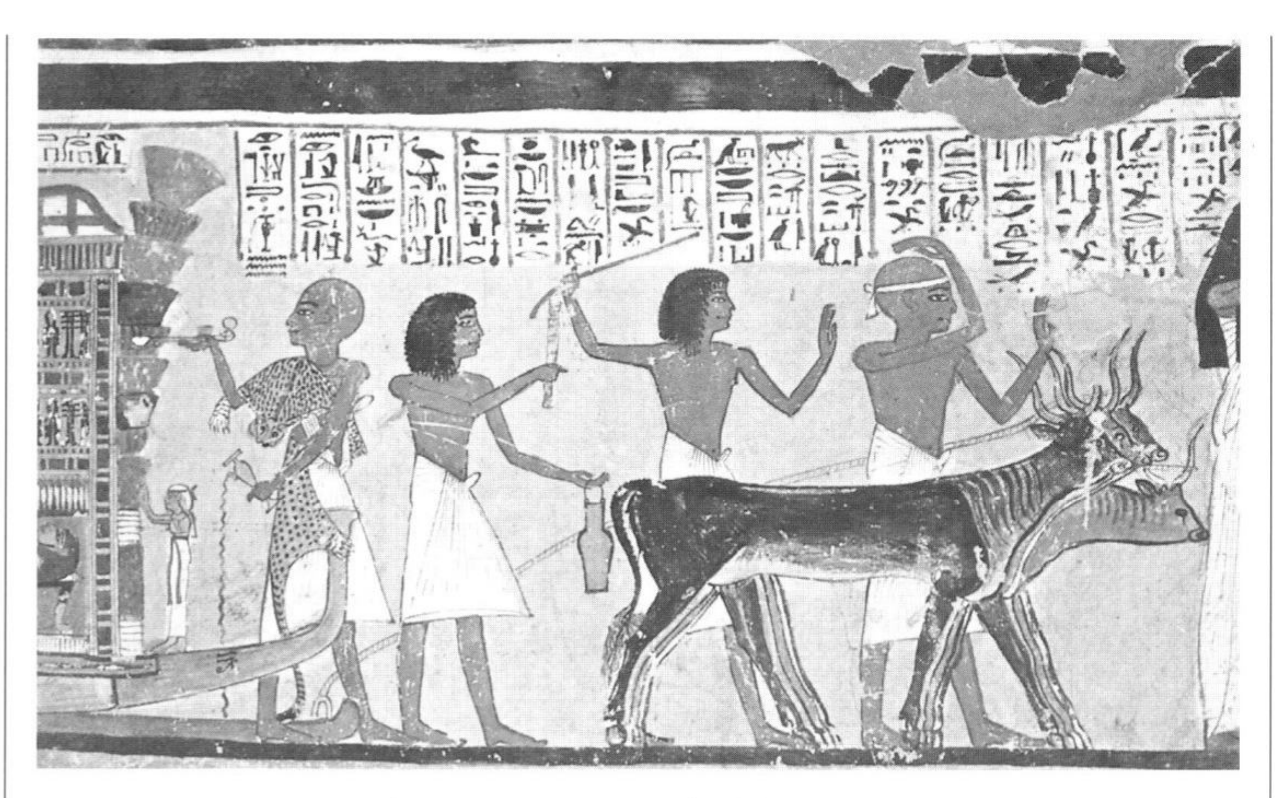
La influencia social de los sacerdotes de Heliópolis —cuyo dios era Re, el sol— fue en esta época fundamental. Ellos desarrollaron la concepción teocrática de la realeza que pervivió en Egipto hasta la dominación romana: el rey es un dios sobre la Tierra y como tal hay que adorarlo. Toda la sociedad se vio afectada por su idea solar del Más Allá que imponía la construcción de grandiosos monumentos funerarios para el rey, cuyo elemento más significativo es la pirámide, la tumba propiamente dicha, que representa de modo simbólico los rayos del sol cayendo sobre la tierra.

A partir de la V dinastía, la influencia de este clero es tan grande que los recursos económicos del país no se dedican ya a las construcciones funerarias del rey sino a los templos solares de Re, dos de los cuales han llegado hasta nosotros y son los más antiguos de la civilización egipcia conservados (excepto los adosados a las pirámides y los escasos restos prehistóricos). La visión del pueblo de este evidente dominio sacerdotal nos ha llegado en una fábula popular que hace de los tres primeros reyes de esta dinastía los hijos del mismo dios Re y de la esposa de un gran sacerdote de Heliópolis. Aunque históricamente no sea cierto con esta dinastía aparece el título de *hijo de Re* en el nombre oficial del rey, lo que confirma la situación de éste bajo la protección absoluta del dios y de su clero.

Las donaciones a tumbas y desde ahora a templos nos son bien conocidas. En Palermo se conserva una inscripción que informa con detalle del rey oferente, el tipo y cantidad de la donación o fundación piadosa, y de su receptor. Los dioses mencionados son siempre los relacionados con cultos estatales, que son los que gozan del favor real: Re, Nejbet y Uadjet (el buitre y la cobra protectores de la corona real), y Hathor, pero no se mencionan divinidades locales. El resto de las ofrendas son para las *almas de Heliópolis* u otras almas de aquellos a los que se ha otorgado un enterramiento ritual en la necrópolis real. El clero heliopolitano de Re quedaba como administrador de las donaciones hechas a su dios y a las *almas de Heliópolis,* lo que aumentó aún más su poder al disponer desde ese momento de una importante base económica que sustentaba su influencia religioso-social.

Pero no son sólo los sacerdotes de Re los que van a destacarse del resto de la sociedad. En el templo de Abidos se ha encontrado un decreto de Neferirkare por el que todos los *servidores del dios* del distrito quedaban exentos de la obligación de la corvea (trabajo obligatorio para el Estado). El decreto beneficia por tanto no a un culto sino a un grupo social. Podríamos decir incluso *a un grupo profesional,* pues desde ese momento estos hombres se pueden dedicar a la realización de actividades religiosas y al mantenimiento del templo, libres de otras cargas. Se trata de una medida de claro significado social pues sólo una parte del personal del templo, los *servidores,* se benefician del edicto. El alto clero consigue así, para su provecho, una evidente libertad respecto al poder real, muy superior a la del resto de los egipcios. La base legal sobre la que obtuvieron su *status* privilegiado no era la de la celebración de ceremonias religiosas, sino la de la tenencia de las tierras que las divinidades habían recibido de la Corona.

La independencia de los templos frente al poder central se acentuó durante la VI dinastía. El centralismo que había caracterizado la administración egipcia durante las anteriores dinastías perdió terreno frente al creciente poder de la nobleza provincial, que organizó sus propios centros administrativos. Esta tendencia ayudó a la resurrección de los cultos locales como



Bendiciones sacerdotales del difunto, cuyo catafalco es conducido hasta su sepulcro (pintura funeraria, XIX dinastía, Valle de los Reyes)

símbolos del nuevo mapa político-social. El rey, que había perdido el poder que se iban repartiendo las noblezas provinciales, se vio obligado, contradictoriamente, a otorgar mayores privilegios a los templos que, a cambio, respetaban y sostenían su figura política. Los numerosos decretos de exención de corvea incluyen en estos momentos a todo el personal del templo, incluso a los simples artesanos.

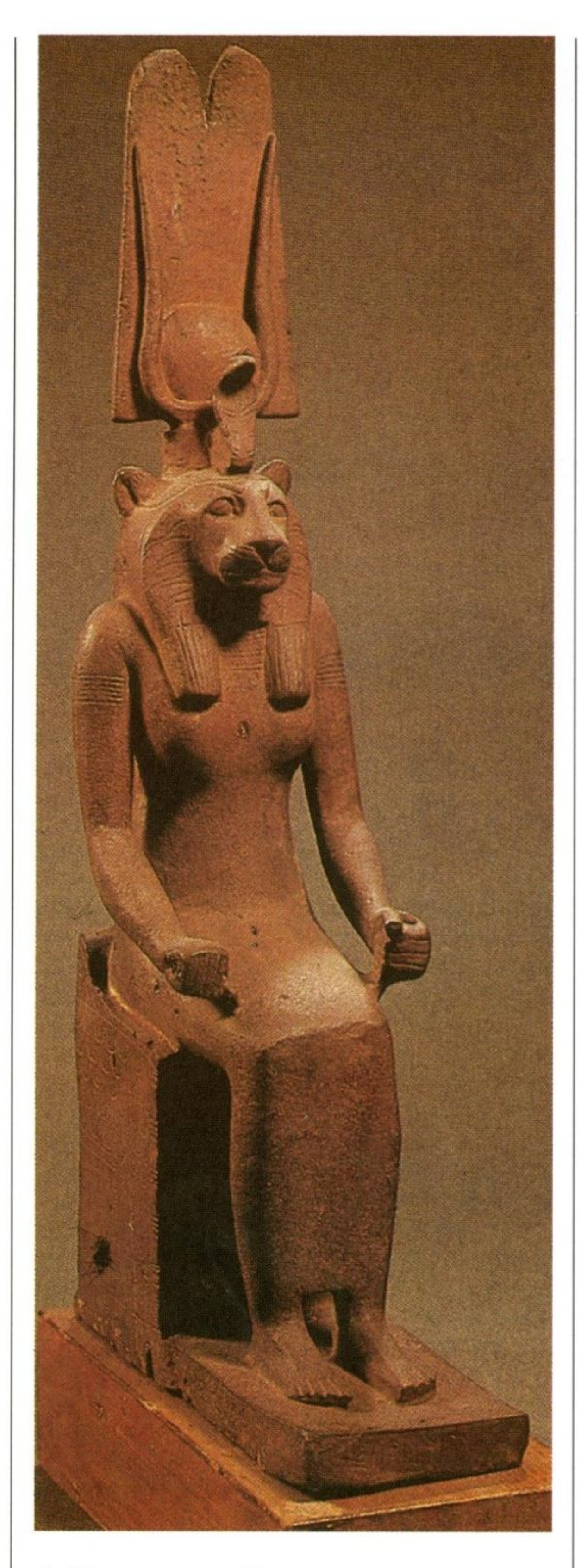
Los templos se convirtieron así en los nuevos centros económicos regionales. Para mantener el nuevo prestigio social de su sacerdocio y conservarlo leal a la Corona en un período de creciente tensión social, el rey se vio obligado a repartir entre ellos las tierras reales que no habían sido ya destinadas a asegurar los cultos funerarios de los reyes y nobles anteriores.

Pero la medida no consiguió sus objetivos, pues, aunque no de forma absoluta, el título de *gran sacerdote* terminaba en manos de los jefes provinciales. De este modo los templos locales eran independientes de la autoridad del Estado a fines del Imperio Antiguo, acelerando su declive. Estaban preparados, si la eventualidad se presentaba, a tomar ciertas funciones administrativas que en principio estaban reservadas al rey, y esto es lo que hicieron en el período de desaparición del poder monárquico central que conocemos como el Primer Período Intermedio.

Los papiros de Abusir

Antes de comentar este importante descubrimiento, hay que explicar brevemente los complejos funerales reales del Imperio Antiguo. El elemento más conocido es la pirámide, que es la tumba. Adosado a ella había un templo en el que se celebraba a diario el culto del difunto real. Ambos estaban sobre la meseta que bordea el valle del Nilo, ya dentro del desierto. Junto al río había otro edificio, el templo bajo o templo del valle, que tenía funciones administrativas en relación con el culto, servía de desembarcadero y era el archivo de los documentos de contabilidad. Uno y otro templo estaban unidos por una calzada que en ocasiones estaba cubierta en todo su recorrido.

Los célebres papiros de Abusir aparecieron en el templo del complejo funerario de Neferirkaré-Kakai. Cuando este rey murió sólo su pirámide estaba acabada, el templo alto no sobrepasaba un metro de altura. Su sucesor se apropió de su templo del valle, e hizo terminar con adobes el santuario incompleto, al que se dio también la fun-



Arriba, representación de Sekmet, diosa con cabeza de leona. Derecha, calzada funeraria de la pirámide de Unás, final de la V dinastía, en Sakkara

ción de archivo. Esta circunstancia es la que ha salvado estos papiros para la posteridad, pues los templos del valle de las otras pirámides han sido invadidos por las riadas del Nilo, y sus papiros destruidos. Como además este templo fue terminado con simple adobe, los buscadores de piedras talladas no lo han excavado para llevarse sus sillares a los edificios en construcción, que es lo que ha destruido gran parte de los monumentos del Egipto antiguo.

Exceptuados los de Gebelein, anteriores a los de Abusir pero que aún no han sido publicados por la dificultad de su estudio, éstos son los más antiguos papiros egipcios conservados y publicados.

Un primer acercamiento a ellos es descorazonador, pues están muy destruidos y los fragmentos no incluyen más que listas de números y de cargos con números, que se extienden a lo largo de doscientos años a partir del enterramiento del rey. Por comparación entre sí, se ha determinado que todos los fragmentos pertenecen a tres series de documentos, cuyo modelo se estableció cuando empezó a funcionar el templo y que se ha mantenido sin variación durante todos esos años:

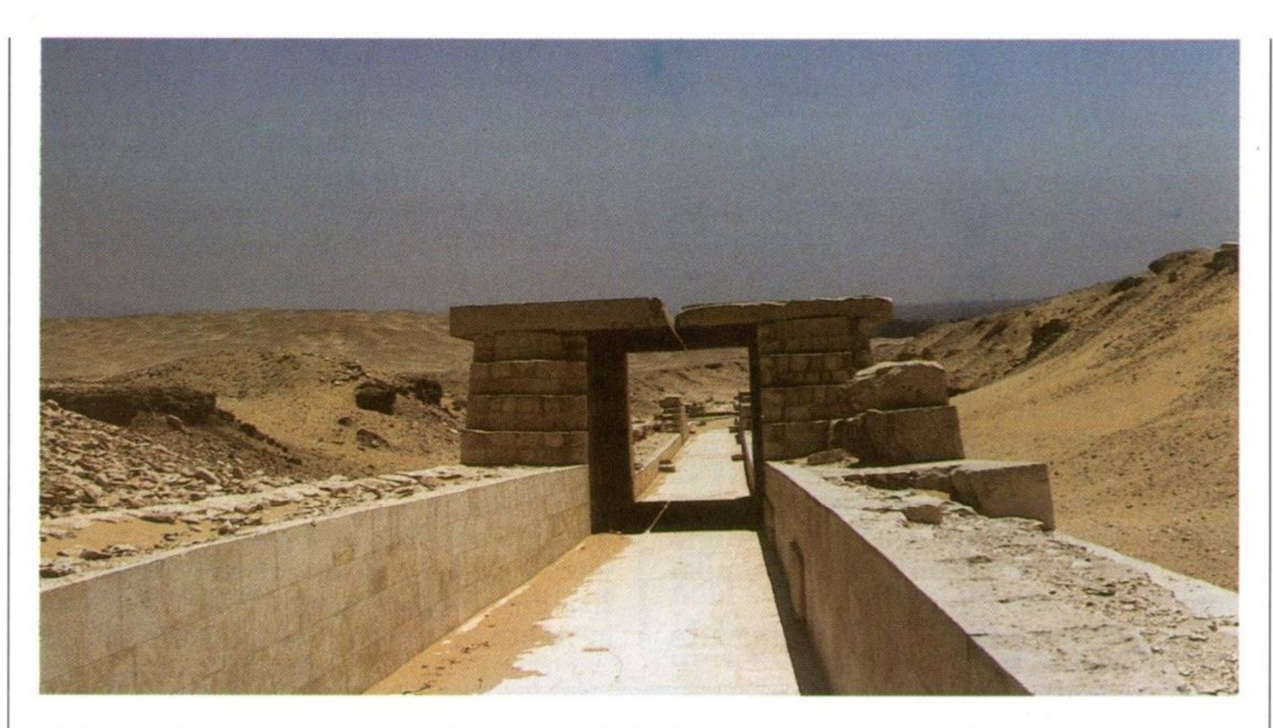
— las listas de totales de los ingresos mensuales — las contabilidades diarias

— los cuadros de personal con los servicios cumplidos

Prácticamente todos los géneros empleados en las ceremonias se llevan a diario, y en dos veces, una con la ofrenda divina y otra con las carnes sacrificadas. El transporte se hacía por barca y es posible que la misma embarcación haya sido utilizada para los dos viajes, uno después de otro.

Sabemos que Neferirkaré había creado varios dominios agrícolas para el mantenimiento de su culto funerario pues se citan en las tumbas de particulares que aprovisionaban en ellos sus altares; además, los nombres de esas fincas son los mismos de algunos de los empleados del templo, como si al haber nacido en ellas estuvieran predestinados al mantenimiento del culto real. Sin embargo, la sorpresa es que no se mencionan como expedidores de los productos más que el templo solar del rey difunto y la residencia del rey en funciones.

Este complicado itinerario de los víveres, que habríamos visto más lógico



si fuese de los campos productores al templo, es el hecho de una voluntad evidente de centralización. El producto de todos los dominios funerarios es enviado al palacio real, que se encarga de repartirlo tal y como estaba previsto en las actas de fundación, pero después de que la residencia real hubiera controlado su paso. Esta administración necesita un verdadero ejército de escribas que registraban en cada etapa entradas y salidas. Además era necesaria una organización excepcional de los graneros y de los lugares de almacenamiento, un etiquetaje cuidadoso de los envases y una flotilla de barcos de carga, pues las transferencias se hacían por vía fluvial.

Sin tener en cuenta las fiestas y los repartos excepcionales, este templo consumía un mínimo de 600 aves por mes (no sabemos si patos, ocas o palomas), lo que hace cerca de 8.000 por año, y las mejores partes de un buey por día, es decir, 365 bueyes por año, sin contar los extras: un gran rebaño era sacrificado por año. Además, pan y cerveza, de los que desconocemos el verdadero total, pues dependía del tamaño de la pieza de pan y de la vasija que contenía la cerveza diaria.

Estas ofrendas servían para nutrir a todos los empleados del templo y sus familias en concepto de salario: los sacerdotes de servicio permanente y los que trabajaban en él por turno, que eran una treintena, y los auxiliares de todo tipo: artesanos, cocineros, etcétera. Y además también para los sacerdotes funerarios de las mastabas asociadas a esta pirámide y sus familiares, cuando el ritual funerario diario hubiese terminado.

Así pues, estos archivos demuestran que las necrópolis eran lugares de intensa actividad, perfectamente orquestada con la vida cotidiana de los egipcios, no sólo por los sacerdotes y empleados de pirámides y mastabas, sino también por el gran número de funcionarios unidos a los templos funerarios reales por lazos personales.

El Imperio Medio: la edad del equilibrio

La insuficiencia de las investigaciones egiptológicas respecto al Imperio Medio afecta muy especialmente a su evolución religiosa. Sin las numerosas fuentes del Imperio Nuevo ni las grandiosas construcciones funerarias del Imperio Antiguo, nos encontramos casi sin referencias al abordar este período. Y no es precisamente porque sea una época de poca importancia, más bien lo contrario, pero la falta de documentación nos obliga a quedarnos en el nivel de la hipótesis para buena parte de su historia.

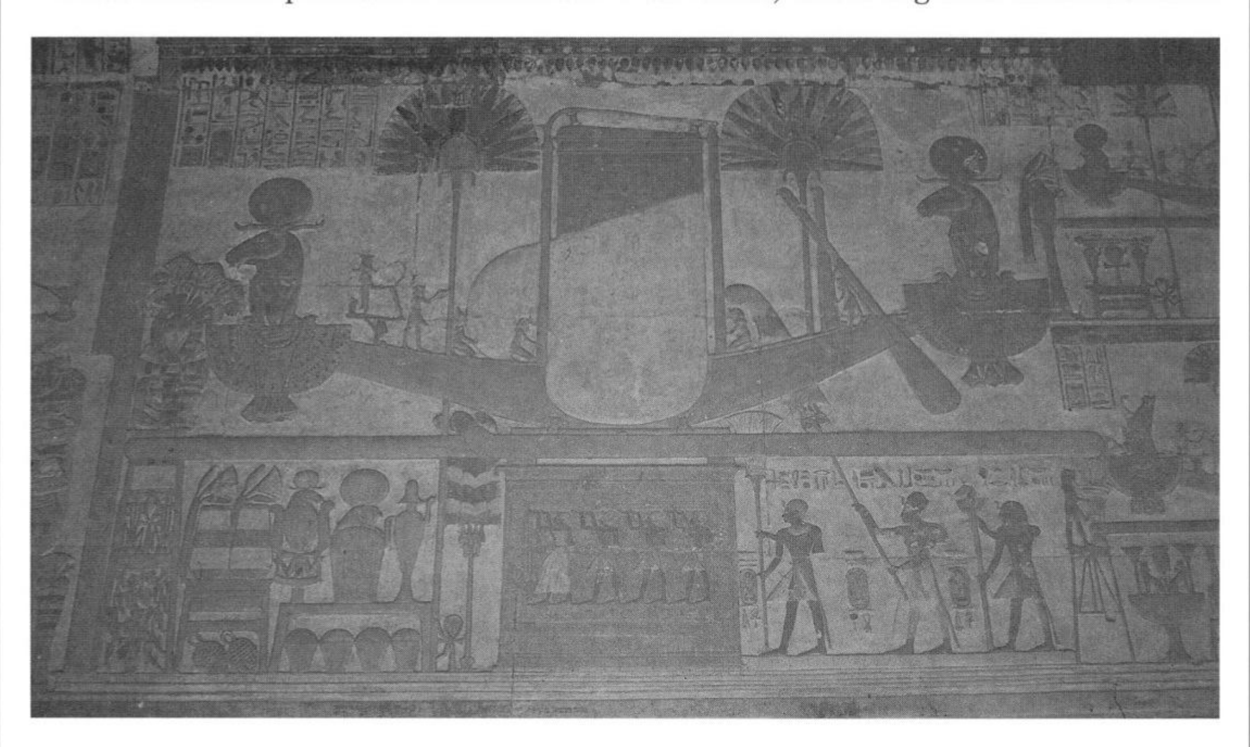
El origen de sus reyes es tebano. Una familia de esta nobleza provincial consiguió imponer su dominio militar a todo el valle del Nilo. Cuando, ya señores del país, se trasladaron a la antigua capital, Menfis, se llevaron consigo sus dioses, que alcanzaron rango nacional,

aunque sus santuarios centrales siguieron en Tebas. Pero, conscientes de su situación, estos reyes supieron llegar a un compromiso. Su dios Amón es el mejor ejemplo de esta política, el reflejo teológico de su determinación por superar todas las divergencias y llegar a una nueva unidad nacional. Su mismo nombre significa *el Culto,* y por tanto sin forma conocida, lo que le permitió adoptar los símbolos de otros dioses: la imagen itifálica (3) del Min, la doble corona de Montu. E incluso, desde sus primeras menciones se le denomina ya a menudo Amón-Re, integrando al dios de los reyes anteriores y su teología solar. El mismo Amón es así un embajador de la reconciliación.

Esta sabiduría política se demuestra en sus construcciones funerarias. Sus primeros reyes siguieron la costumbre de enterrarse en Tebas, como Mentuhotep I, cuyo monumento en Deir el-Bahari es uno de los edificios más originales de la civilización egipcia. Con el cambio de capital, y para agradar al clero heliopolitano sus sucesores adoptan de nuevo la pirámide como modelo de su tumba. Pero con gran realismo político sus pirámides son de ladrillo, lo que evita que se conviertan en un lastre para el Estado como en épocas anteriores: religión y economía quedan así equilibradas.

Esa fue la principal característica de esta dinastía: el equilibrio. En ningún otro momento de la historia egipcia el rey consiguió mantenerse tan equitativo con todos los cultos. Imaginamos que tuvo que sostener una verdadera lucha frente a los distintos cleros para que ninguno destacase de los demás. Aunque Menfis y Tebas fueran los polos de la vida política, comercial y religiosa del reino, los templos provinciales conservaron gran parte de los privilegios que consiguieron durante la VI dinastía, manteniéndose como factores influyentes de la economía regional, pero sin desestabilizarla.

La tendencia que habíamos visto de acumular en el gobernador provincial el doble papel de encargado del templo local y de los asuntos civiles se generaliza durante el Imperio Medio. Pero no se trata, como algunos historiadores han interpretado, de que el país esté gobernado por los sacerdotes: ningún individuo de posición destacada y poder civil tiene títulos de carácter religioso de verdadera importancia.

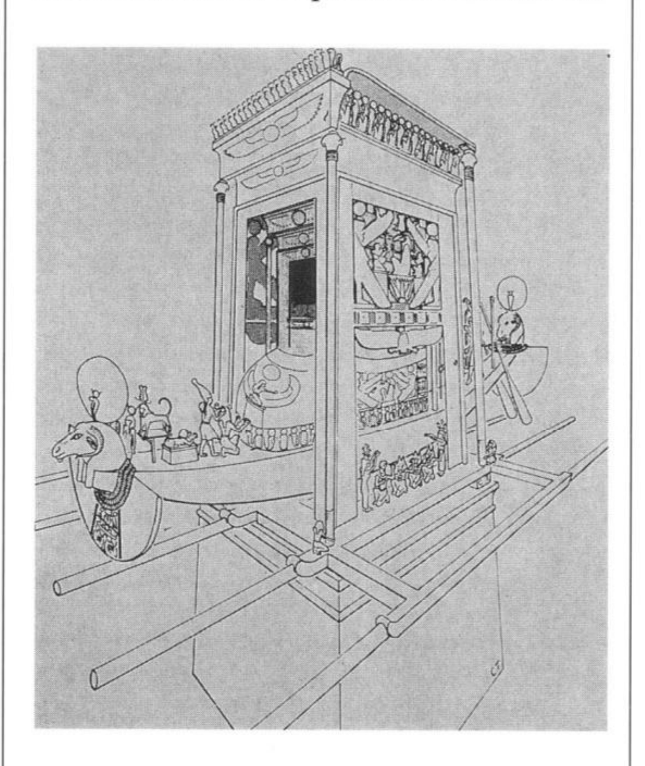


En esta época Osiris, un dios de la vegetación de reciente aparición, se eleva a jefe supremo de las creencias funerarias. Es el único dios universalmente reconocido por todos los egipcios, divididos en cambio por sus creencias en sus dioses locales. Lo sorprendente es que su clero se haya contentado con el papel eminente que la creencia popular prestaba a Osiris y no haya tenido ambiciones políticas. Pero al mismo tiempo esta moderaclon ha permitido la supervivencia de este

clero y de este dios hasta época romana; le ha evitado correr la suerte de los cultos que, demasiado implicados en la política de una dinastía, no sobrevivieron a la caída de ésta, como fue el caso, ya lo hemos visto, del clero heliopolitano de Re, y después del de Amón.

El Imperio Nuevo y la Epoca Postimperial: el clero de Amón

El Imperio Nuevo, la época del imperialismo egipcio, fue un momento de fuerte centralización administrativa y gran estabilidad del país. De hecho, la extraordinaria expansión militar no habría sido posible sin esta política interna, que a su vez se veía favorecida por los grandes ingresos provenientes de los botines de guerra y los tributos anuales de los pueblos sometidos.



Reconstrucción de la barca procesional de Amón, XXIX dinastía, hacia el año 390 a.C., arriba. Barca sagrada del templo de Seti I en Abidos, XIX dinastía, izquierda

Aunque el rey siga siendo el responsable de todos los cultos, aparece el título de *jefe de los servidores del dios del Alto y del Bajo Egipto,* que era una especie de ministro de la religión. En un principio correspondía al visir, lo que afirmaba una vez más la soberanía de la administración central y del rey sobre todas las manifestaciones humanas de la religión. Esta política es clara heredera de la del Imperio Medio. Pero pronto los sacerdotes de Amón consiguieron obtenerlo para el primero de sus profetas, lo que supuso una consagración del papel predominante de su dios en el Estado y de su clero en la vida política.

Es posible que inicialmente no fuesen éstas sus pretensiones, y que fuese la ambición personal de un gran sacerdote y su grupo dentro del templo los que, aprovechando un momento de debilidad pasajera de la autoridad real, dieron el salto necesario. Los acontecimientos hablan por sí solos: la nueva dinastía —la XVIII— era tebana, y en cuestiones delicadas pedía opinión al dios por medio de oráculos. Estos consistían en que las procesiones de días festivos en que la estatua salía del templo, un sacerdote exponía ante la imagen del dios el asunto en cuestión. Si el dios lo aprobaba, *una fuerza sobrehumana* empujaba a los portadores de la barca procesional hacia adelante, obligándolos a continuar la marcha; si el dios lo denegaba, el peso de la imagen se hacía tan grande que los portadores no podían moverse del sitio. Naturalmente esto era sólo una ficción, pues los portadores se movían o no según la orden que hubieran recibido con anterioridad.

Durante los problemas por la sucesión de Tutmosis I, Hatshepsut se apoyó en estas estratagemas del oráculo para obligar a su esposo, Tutmosis II, a aceptar como corregente y heredero a uno de sus propios hijos con una esposa inferior, el futuro Tutmosis III. Este a su vez estaba encabezado por el grupo de altos sacerdotes de Karnak, que pensaban ganar poder sosteniendo en sus pretensiones reales a una mujer. Así fue. El gran sacerdote Hapuseneb obtuvo el título de *jefe de los servidores del dios del Alto y del Bajo Egipto,* y después el de visir, uniendo en sus manos el poder político y el religioso. Los bienes de Amón dejaron de ser dirigidos por un administrador laico, sobre el que el rey podía tener cierto dominio, y pasaron a las manos del gran sacerdote, quien de este modo podía disponer de considerables riquezas. Tutmosis III, a la muerte de Hatshepsut, siguió sus pasos llevando al pontificado máximo a uno de sus compañeros de infancia en Karnak, Menk-



Dos representaciones de la nueva religión impuesta por Akhenaton. Arriba, el faraón, su esposa Nefertiti y una de sus hijas, presentando ofrendas al dios solar, Atón; derecha, Akhenaton y Nefertiti con sus hijas bajo la protección de Atón



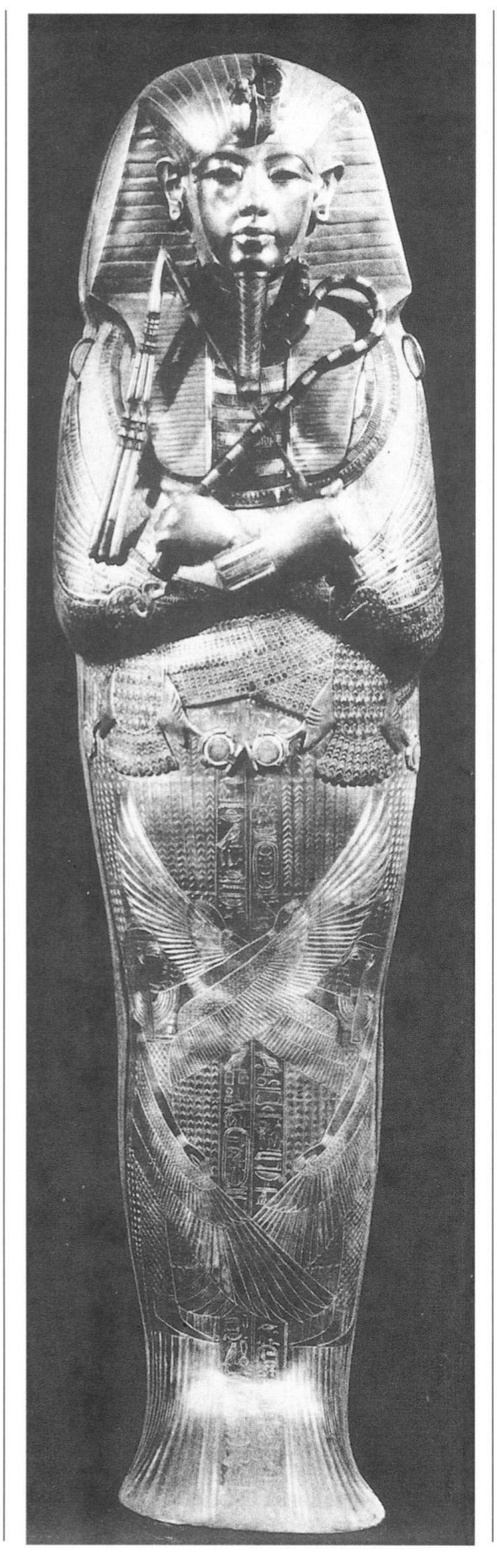
henperré-senab, dando así continuidad a una política que llevó en el curso de pocos años a un enfrentamiento del clero de Amón con el faraón.

La oposición al excesivo poder temporal de los grandes sacerdotes de Karnak fue la causa política de la revolución religiosa de Akhenaton. El traslado de la capital a Tell el-Amarna se debe a su deseo de alejarse de su influencia asfixiante. Pero el clero de Amón estaba demasiado bien injertado en todo el tejido social para que esta teología que no había sabido conquistarse a ningún egipcio pudiese triunfar. Las clases altas se mostraban recelosas, pues implicaba un cambio político que temían, y el pueblo estaba muy apegado a sus dioses locales, y no lo cambiaron por esta divinidad demasiado lejana.

Cuando se produjo la reconciliación con Amón, los reyes supieron separar claramente política y religión, no otorgando nunca el título de visir a los grandes sacerdotes de Karnak. La situación se mantuvo así hasta la muerte de Ramsés II, a pesar de la presión política que ejercían a través de su gran peso social: gracias a su parte de los botines de guerra y tributos, el templo de Karnak era el mayor poseedor del valle del Nilo, y sus riquezas ya no podían ser controladas por el faraón, pues el *primer profeta* había conservado el derecho a administrarlas.

Pérdida de autoridad

Lamentablemente desde Ramsés III los faraones perdieron la autoridad necesaria para oponerse a la creciente ambición de este hombre. La función de gran profeta de Amón se volvió hereditaria, y desde entonces puede decirse que Egipto estuvo gobernado por dos dinastías paralelas: la del rey y la del gran sacerdote. Esta última, acostumbrada a hacer reyes a través del oráculo de Amón y a sostenerlos, no tenía verdaderos obstáculos que le impidiesen revestirse ella misma con la función real. Una primera tentativa fracasó: el gran sacerdote Amenhotep, demasiado



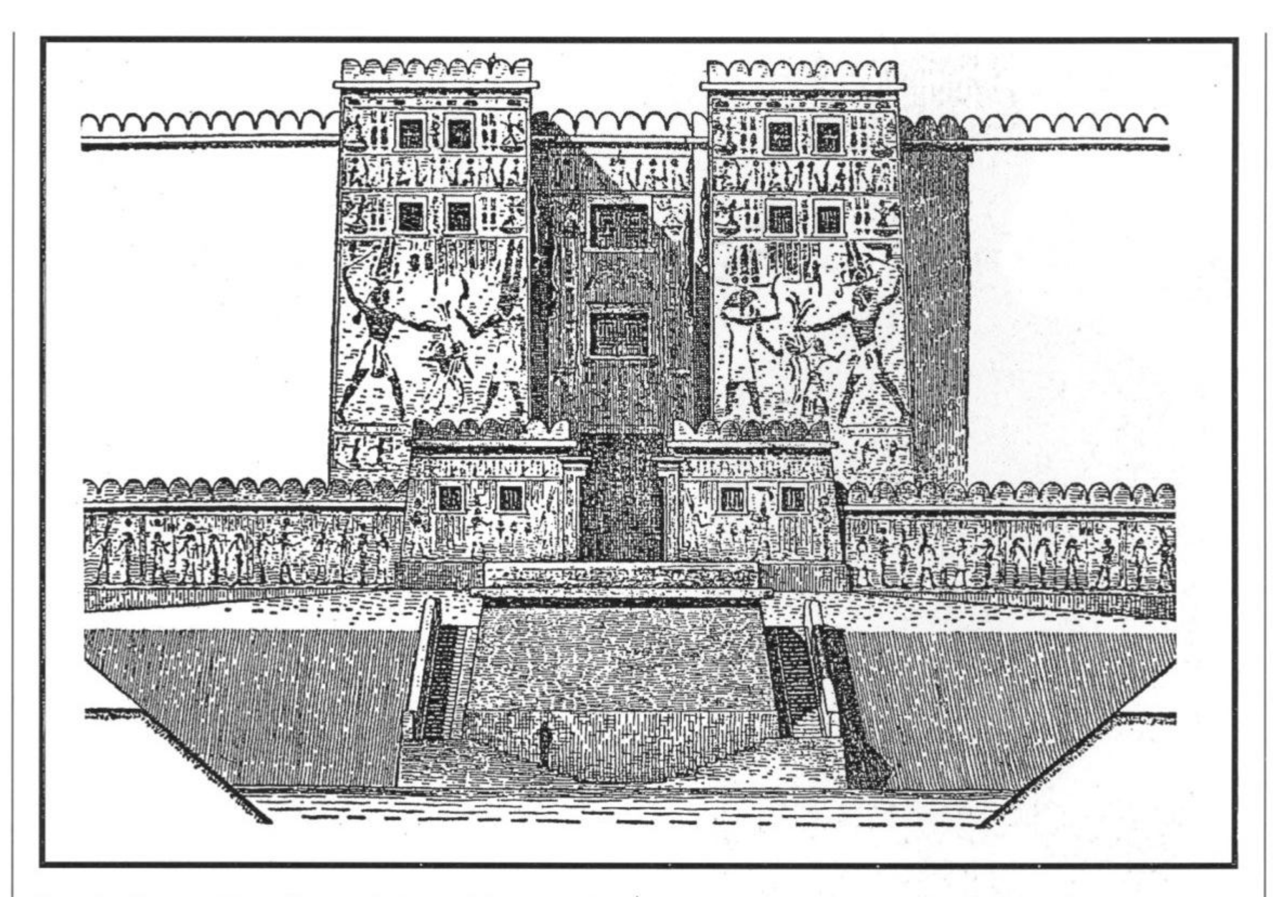
ambicioso, fue destituido por Ramsés XI, único acto vigoroso de toda una dinastía (la XX), que había sido incapaz de frenar la decadencia económica del país provocada por la pérdida de las posesiones de Siria y Palestina.

Unos años más tarde, un militar, Herihor, toma el título de *primer profeta de Amón* y se lanza a la conquista del poder apoyado en su ejército y en el clero tebano. El rey tiene que consentir en el reparto, pero progresivamente el soberano oficial desapareció, y su nombre no volvió a ser utilizado en Tebas, mientras que el de Herihor acabó siendo rodeado por el cartucho real (4). Con él se inicia una nueva época de precario equilibrio de poder que se ha denominado Tercer Período Intermedio, o Epoca Postimperial.

Aunque el Imperio Nuevo es el momento que más documentación ha dejado, y por tanto el que mejor conocemos de la historia del Antiguo Egipto, la importancia del clero de Amón ha atraído hacia sí a los historiadores de tal modo que apenas conocemos la influencia social de los otros cultos.

Al igual que Karnak, los demás templos recibían su parte del botín y de los tributos de las posesiones coloniales. Supervisados por administradores civiles, los templos se convirtieron en los verdaderos activadores de la economía regional aprovechando esos ingresos. No eran por tanto bienes perdidos para el Estado, pues el templo se encargaba de su *redistribución* en nombre del faraón, y el prestigio de ambos iba en paralelo. Toda la disputa arriba mencionada se refería al vértice del poder, pero era de escasa influencia en el funcionamiento económico del resto del país, establecido desde muchos años antes.

Las tierras de las fundaciones piadosas eran controladas por el Estado y explotadas directamente bajo el control de agentes patrimoniales, o bien concedidas a arrendatarios contra el pago de una renta fija. Este modo de explotación cobró mayor desarrollo por la falta de mano de obra, ya desde la XIX dinastía, pues Seti I tomó medidas para que el personal del dominio que había creado en favor de su gran santuario de Abidos no pudiera ser transferido a otro. Numerosos decretos reales siguieron a éste en favor primero de los grandes templos y después incluso de las pequeñas fundaciones. Las



Izquierda, sarcófago de oro de Tutankhamon, el joven rey que restituyó el culto de Amón y que, probablemente, fue muy recompensado por ello (Museo de El Cairo). Arriba, puerta oeste del recinto de Medinet Habu, erigido por Ramsés III

penas sobre los que huían o sobre los que retenían personal de otras propiedades eran muy grandes, lo que da una idea del grave problema que suponía para la economía del país. Los soberanos ramésidas intentaron remediar sin éxito la situación con la instalación sistemática de los pueblos vencidos (libios, sirios, filisteos, etcétera) en suelo egipcio, no ya sólo en las propiedades de los templos sino también en las del Estado.

Con la decadencia del poder real durante la XX dinastía y los problemas dinásticos del Tercer Período Intermedio, la titularidad de estas tierras fue olvidada, convirtiéndose en propiedad privada de los arrendatarios, salvo en el caso de las de los templos, que en general las conservaron gracias a sus archivos y escribas.

Tercer Período Intermedio

La toma del poder por Herihor en Tebas, la muerte de Ramsés XI y la aparición de una nueva dinastía en Tanis con Esmendes marcan el comienzo del Tercer Período Intermedio. Durante más de cuatro siglos (siglos XI-VII a.C.) el país se encontrará en manos de soberanos débiles que compartirán el poder con una serie cada vez más numerosa de dinastías locales casi independientes (Heracleópolis, Hermópolis, y los sacerdotes de Amón, con jurisdicción sobre el Alto Egipto y Nubia).

En la zona dominada por Tebas hay que imaginarse una situación en la que dominaban el dios y el clero en todas las manifestaciones de la vida pública. La forma de gobierno era una teocracia sólo en apariencia: en realidad dominaba el principio de la dictadura militar, cuya fachada religiosa exterior trataba de ocultar la debilidad del gobierno. Sometiendo al ejército y al clero a un mismo hombre se evitó la colisión entre ambos poderes, los únicos efectivos en el país. El tesoro del templo de Karnak contribuyó a cubrir las necesidades de la organización militar, y permitía que los cargos de responsabilidad fueran ocupados por adictos al régimen. El abismo entre dirigentes y pueblo se acentuó así de modo considerable. Ideológicamente, la situación era muy similar en el reino del Norte.

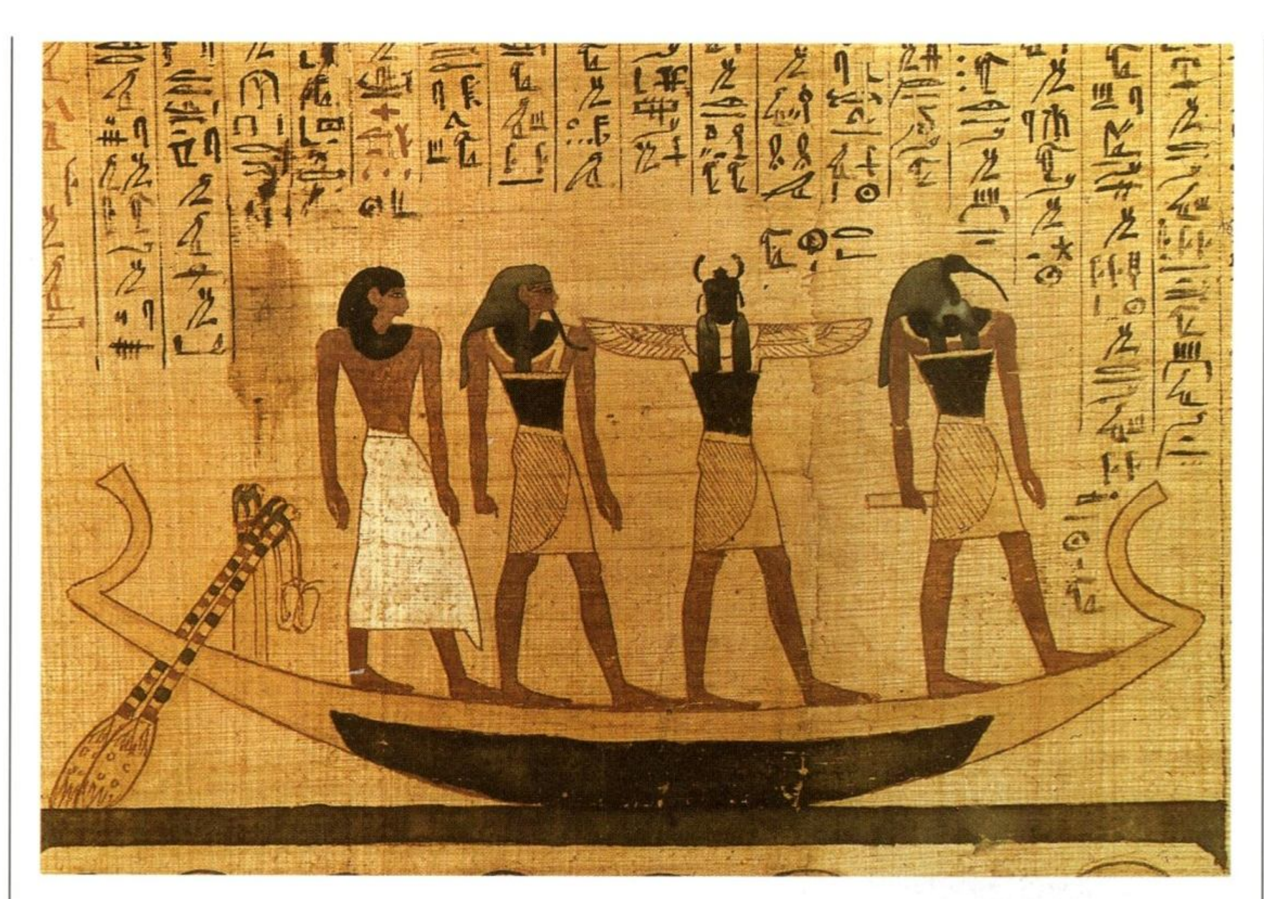


En este tiempo de inseguridad política el oráculo se convirtió en el elemento más adecuado para justificar toda clase de decisiones ante la gran masa. Todo se sometía al dios en procesión: desde nombramientos administrativos a cambios políticos o simples asuntos de vida cotidiana. Esta mezcla de habilidad profesional y superstición no eran más que una fachada para ocultar la debilidad y el temor a tomar decisiones arriesgadas.

El fracaso político del clero de Amón fue estrepitoso, por lo que los reyes legítimos, los de Tanis, pudieron retomar las riendas, de forma discreta, por medio de una ingeniosa adaptación del cargo de *divina adoratriz*. Ésta reemplazó al *primer profeta de Amón* en todas sus funciones. Era un simple cambio de persona en la cabeza del Estado, lo que no trastornó su organización administrativa, que había sobrevivido a conflictos peores. Pero a la nueva *divina adoratriz* se le exigía que permaneciese virgen para Amón por lo que nunca podría dar lugar a la aparición de una dinastía colateral. La sucesión se arreglaba por adopción, siempre de una hija de la familia real, instalada por el faraón reinante. Tebas no perdió ni uno solo de los privilegios de su soberanía ni su territorio, pero sus sacerdotes quedaron en manos de los reyes del Delta. La posterior reunificación del país por los conquistadores nubios de la XXV dinastía y sus sucesores saítas hizo desaparecer el principado tebano como entidad política, aunque administrativamente todo siguió igual.

Perdida su fuerza política, el clero de Amón perdió su influencia también en cuestiones teológicas. En adelante serán los santuarios del Delta los que tomen la primacía teológica. El faraón no tenía nada que temer de ellos, demasiado numerosos y con intereses concurrentes como para hacerle sombra. Favoreció así un nuevo sistema reglamentado de inmunidades reales y de donaciones de tierras particulares. Estas servían para su subsistencia y, al mismo tiempo para que volvieran a cumplir su función económica regional, que habían perdido en la agitada época anterior, pero siempre bajo el mando del gobernador local.

Todo parece volver así a la normalidad. Incluso los reyes saítas retoman el título oficial de *jefe de los servidores del dios del Alto y Bajo Egipto,* lo que



Izquierda, el sacerdote y médico Udhahorresnet, de la XVII dinastía (Museo Vaticano, Roma). Arriba, procesión funeraria en la barca de Khépri, XXI dinastía (Museo del Louvre)

consagraba el regreso efectivo del poder religioso a manos del faraón.

El Egipto tolemaico

Tras la muerte de Alejandro Magno, Egipto recuperó por última vez su independencia nacional, con una elite de origen griego que se fue egipcianizando paulatinamente.

En esta sociedad híbrida el clero jugó un papel predominante, económico, social y administrativo, sirviendo de puente entre la clase alta extranjera y el pueblo egipcio. En los primeros momentos de la dinastía, sus conocimientos hacían de ellos los únicos interlocutores posibles con unos gobernantes que incluso comprendían mal la lengua egipcia.

La fiebre constructiva que se había apoderado del país ya en época saíta se acentúa en la macedonia: el nombre de Alejandro y de sus sucesores inmediatos está atestiguado en capillas y salas nuevas de muchos templos egipcios. Y con los reyes tolemaicos se inicia la construcción de algunos de los templos más espectaculares de la civilización egipcia: Dandara, Edfú, Kom Ombo, Filé.

Es sorprendente que bajo una dominación extranjera se hayan levantado construcciones tan enormes y costosas para el culto indígena. ¿Quién las ha financiado? Los grandes subsidios financieros son contrarios a la política económica de la dinastía tolemaica, que intentaba reducir incluso los gastos militares esenciales mediante la introducción de las *cleruquías* (atribuciones de tierras a los militares, que viven de su cultivo y están interesados en su defensa pues son su medio de subsistencia). Por tanto, la iniciativa de la construcción de templos tenía que venir de los sacerdotes mismos. Ellos sometían la proposición al rey, quien añadía a su aprobación algún tipo de donación como ayuda, pues son conocidas en la mayoría de los templos.

Podemos deducir por el tamaño de las edificaciones, que la economía de los templos era mucho más próspera en estos siglos que en los anteriores.

La riqueza de los santuarios fue, en primer lugar, un beneficio para el sacerdocio local: las numerosas estatuas que han dejado, su rico mobiliario funerario, y que sean sobre todo ellos los



Arriba, representación del dios Amón (estatuilla de oro, procedente de Tebas, XXII dinastía Metropolitan Museum, Nueva York). Derecha, dos sacerdotes ante el sarcófago, durante una procesión funeraria (tumba Maja, XVIII dinastía, Museo del Louvre)

que figuran en las ventas de casas y otras propiedades en estos siglos, nos expresa con claridad su elevada situación social. En la región tebana, donde se ha podido estudiar la genealogía de estos sacerdotes, se ve que eran ellos mismos los que integraban los círculos de escribas de la administración real. En otras palabras, los sacerdotes-escribas unen en sí mismos las ventajas de ambas profesiones, y de ellos dependían también las notarías y la jurisprudencia.

La presencia tradicional del templo como centro de la vida pública es ahora obsesiva, y todas estas funciones son una fuente de ingresos económicos.

Tenemos muchos testimonios de que, en época tardía, todos los santuarios tenían tribunales de justicia que actuaban junto a los propíleos de entrada. El nombre de los pílonos era *puerta de dar* (hacer) *justicia,* y en Edfú se mencionan como *el lugar donde se oyen las quejas de todos los descontentos con el fin de distinguir la justicia de la iniquidad; la gran plaza donde se protege a los débiles para salvarlos de los poderosos.*

Los talleres de producción de papiros eran monopolio de los templos por privilegio real. En una civilización en la que todo debía constar por escrito, esta fabricación debió producir magníficos ingresos a los templos. Lo mismo puede decirse de los tejidos de lino.

Algunos documentos parecen demostrar que el templo se encargaba también de cobrar los impuestos, arrendándolos al Estado por una cifra inferior al montante total, lo que dejaba al templo un cierto beneficio.

Los funerales suponían en época tolemaica una inversión considerable, y sin duda uno de los recursos fundamentales de los santuarios. Algunos papiros muestran la venta de una casa como medio de poder pagar el enterramiento del vendedor. Como no se menciona intervención gubernamental alguna, hay que comprender que el clero regía de forma autónoma esta lucrativa empresa.

Además, los templos siguieron poseyendo tierras sagradas que suponían otra fuente de ingresos fijos. Cuando los primeros tolomeos reorganizaron el país, se incautaron de las tierras sin titularidad clara repartiéndolas en usufructo entre militares y altos cargos. Los dioses también recibieron su



parte en el reparto, con la salvedad de que era la administración real quien controlaba su producto. Pero los nuevos soberanos se dieron cuenta de que la salud de Egipto estaba ligada a la prosperidad de sus templos, por lo que igual que en otras ocasiones, el clero fue poco a poco recibiendo el derecho a cobrar él mismo estos ingresos.

El clero se convirtió durante estos años en el único grupo de origen indígena con claro poder económico y social, y así se matuvo hasta la conquista romana. Con la entrada de estos nuevos invasores, Egipto perdió definitivamente su independencia nacional. Las decisiones se tomaban en Roma con la única finalidad de servir al Imperio; los intereses egipcios quedaban relegados a un segundo plano. La alta sociedad indígena no sobrevivió al cambio político, e incuso los dioses se vieron transformados por los intrusos. Perdida su religión, la civilización egipcia no tardó en perder su originalidad, desapareciendo como tal.

NOTAS

(1) Carbonato sódico.

(2) Instrumento musical de metal, en forma de aro o de herradura y atravesado por varillas.

(3) Representación priápica.

(4) Marco ovalado que en los bajorrelieves rodea el nombre, fecha de nacimiento y signos de cada monarca.

Bibliografía

Cassin, E., y otros, *Los Imperios del antiguo Oriente,* Madrid, Siglo XXI, 1970. Daumas, F., *Les dieux de l'Egypte,* París, Drioton, 1982. E. y Vandier, J., *Historia de Egipto,* Buenos Aires, Eudeba, 1977. Frankfort, H., *Reyes y dioses,* Madrid, Alianza Editorial, 1981. Giedion, S., *El presente eterno: Los comienzos de la arquitectura,* Madrid, Alianza Forma, 1981. Lefebvre, G., *Histoire des Grands Prêtes d'Amon de Karnak jusqu'à la XIX dynastie,* París, 1929. Lipinski, E. (editor), *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* Leuven, 1979. Sauneron, S., *Les prêtres de l'ancien Egypte,* París, 1967. Trigger, B.G. y otros, *Historia del Egipto Antiguo,* Barcelona, Crítica, 1985. Se recomienda también la lectura de las narraciones de los historiadores y geógrafos griegos y latinos, que conocieron la civilización egipcia en sus últimos momentos: Heródoto, Diodoro, Estrabón, Plutarco, el egipcio Manetón y otros. Hay traducciones castellanas en Gredos, Ediciones Alma Mater y otras.

... *«Muchos de los jóvenes conductores que conozco piensan que conducir es un acto visceral y competitivo en donde prima la temeridad. ¡Qué equivocados están los que así juzgan! pues al margen de la competición deportiva, la conducción es un acto responsable que va más allá del puro divertimento, en donde son necesarias grandes dosis de atención y sentido común para prevenir el accidente... Cuando conducía en el circuito siempre rezaba por llegar sano al final, y ahora que, exclusivamente, circulo en carretera rezo por volver a ver a mi familia, a mis amigos, en fin... a los que me puedan echar de menos»...* (J. M. Fangio, cinco veces campeón del mundo.)



Entre las causas de accidentes imputables al factor humano la velocidad tiene una gran trascendencia, hasta el punto de ostentar el triste privilegio de ocupar el primer lugar entre las causas de los accidentes de circulación en carretera. Más del 30% de los accidentes de circulación ocurridos en carretera es debido a comportamientos incorrectos del conductor por no adecuar o ajustar la velocidad a las circunstancias de cada momento, es decir, por circular a velocidad inadecuada o peligrosa, o por sobrepasar los límites establecidos.

Los jóvenes deben saber que los riesgos de accidente crecen con el incremento paulatino de la velocidad, porque a mayor velocidad, se van reduciendo las capacidades de respuesta, al propio tiempo que van creciendo las exigencias. A mayor velocidad, mayor será la distancia de frenado y mayor la distancia de separación o intervalo de seguridad, es decir, el aumento de velocidad siempre llevará consigo un incremento de los riesgos.



